



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO



Precio 50 céntimos

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—Mi última brega, por José Zorrilla.—La vida de uno de tantos, por Enrique G. Bedmar.—Cuénto, por Constantino Gil.—Sesión de hipnotismo, por José Fernández Bremon.—Fragmento de un drama, por José Echegaray.—Ganas de hablar, por Manuel Marías.—Sarcas, por Leopoldo Cano.—Se dan casos, por Adón de Paz.—Escena celestial, por José Ortega Munilla.—Creación de Muliérula, por Ramón de Campoamor.—La cartera del simón, por Vital Aza.—Suicidio, por Francisco Pleguezuelo.—Una consulta, por José López Silva.—Silueta de teatro, por Pedro Bofill.—A una tuerca, por Antonio Grilo.—Artistas y literatos, por Eduardo Bustillo.—La lluvia, por Carlos Fernández Shaw.—Diálogo, por José Estremera.—A Pepe, por Juan José Herranz.—El alcohol literario, por Emilio Sánchez Pastor.—Ante una Virgen de Marillo, por Ricardo Blanco Asenjo.—No hay mal que por bien no venga, por Eusebio Sierra.—Un aguacil, por Angel R. Chaves.—Idilio puro, por Francisco Flores Garcia.—La redención de Barrota, por Federico Urrecha.—Epigramas y A una mujer, por Manuel del Palacio.—Problema, por José Torres Reina.—En el tranvía, por Fracro Yrázoz.—Cantares, por Adolfo Llanos.—Incluyentes, por Miguel Casañ.—El primer tenor, por Juan Pérez Zúñiga.—Un niño y un hombre, por José Soriano de Castro.—Entre ellas, por Eduardo Navarro González.—Pipi, por Miguel Ramos Carrón.—Reclerdes, por José M. Matheu.—Retórica, por Calixto Navarro.—Óptica, por Juan Tomás Salvany.—Retazos, por Jacinto O. Picón.—Epigramas, por Liborio Porset.—Diálogos de Carnaval, por Federico Jaques.—La vocación, por Juan Vallejo.—Episodio, por José de la Serna.—¡Valiente aboleño!, por José Nakens.—Charada, por Ricardo de la Vega.—El naturalismo, por Blas Cobella.—Las buenas formas, por Sinésio Delgado.—B, V, G, J, por Antonio Peña y Coñi.—Yo, en los toros, por Tomás Luceño.—Las abreviaturas y... lo otro, por Felipe Pérez y González.—Un lapsus, por Cayetano Triviño.—Señores...—Anuncios.

GRABADOS: Porrada, por Cilla.—Siluetas, por *Mechéis*.—Cómo se gana una propina, por Moya.—Variedades, por Cilla.—Croquis militares, por González.—Autógrafos de actrices y actores.—Los anticuarios, por Poné.—Cómo empieza y cómo acaba, por Moya.—Filosofías, por *Mechéis*.—Mendigos de amor.—Monólogo crítico, por Cilla.



En verdad os digo que el rubor colorea mis mejillas al escribir hoy la crónica semanal.

En el presente número figuran las firmas de esclarecidos poetas y literatos, á quienes profundamente respeto, y yo, por razón de mi cargo, tengo que romper la marcha en clase de pendón.

Bien sabe Dios que si fuera á obedecer las sugerencias de mi conciencia, colocaría mi humilde nombre en el lugar más recóndito; y aún así, iría casa por casa de los ilustres escritores antedichos, y les pediría perdón humildemente.

—¿Está el Sr. Echegaray?

—Sí señor; está en su despacho encerrado con un poeta de altos vuelos que viene á darle la lata todas las mañanas entre ocho y nueve.

—Dígame V. que hay aquí un mísero gacetillero sin vuelos de ninguna clase.

—¿Viene V. á leerle algo? ¡Por Dios! tenga V. piedad de él, que anda malucho estos días.

—Tranquícese V.; vengo en són de paz. Yo, á Dios gracias, no *verso*, como dicen en la Habana.

—Pase V.

D. José me recibe con su acostumbrada benevolencia. Yo le saludo con todo el respeto que merece; después dirijo una mirada de enojo al poeta matutino que compromete la salud del ilustre dramaturgo con lecturas nocivas, y exclamo:

—Señor D. José... vengo á pedirle perdón.

—¿Por qué?

—Porque, aunque me esté mal el decirlo, mi nombre aparecerá en el número extraordinario del MADRID COMICO, donde figura el de V.... Soy pobre, caballero; tengo tres hijos y he perdido un ojo; estas razones me obligan á todo, hasta á escribir artículos.

He podido notar que el poeta á domicilio me mira desdénosamente, como diciendo:

—¡Ph!... ¡Qué cara de persona vulgar tiene este hombre! Le considero incapaz de escribir un drama con tesis...

D. José, que añade á su inmenso talento una modestia sin límites, me otorga sonriendo el perdón solicitado, y desde allí me voy á ver á D. Ramón, «el poeta de las *Doloras*,» como le llaman los cultivadores de las frases hechas, y encuentro al esclarecido vate en poder de otro *versificador* cruento, que ha ido á leerle un poema y á fumarle unos cuantos cigarrillos.

Después de explicar el objeto de mi visita, salgo á la calle para proseguir mi tarea, y en todas las casas encuentro chicos inspirados que andan con los frutos de su imaginación en el bolsillo del gabán, buscando oyentes y llevando jaquécas á domicilio.

—Pues esto es peor que codearse con los genios en las columnas de los periódicos—digo yo.

Y me pongo á escribir mi crónica algo más tranquilo, porque al menos tengo la buena condición de no leerse á nadie; y por nada de este mundo entraría en el hogar ajeno con fines literarios, como hacen esos pícaros.

A lo mejor llaman, les abren la puerta, y sin decir «usted dispense,» se introducen en el despacho de los poetas ilustres.

—El señor está ocupado—les advierte la doméstica.

—No importa; dígame V. que soy yo, Anguiano, el de *La madre desnaturalizada*, pero digna.

—Se está lavando los pies.

—Lo mismo da; mientras tanto, corregiré aquí una redondilla que me ha salido blanda.

¡Triste suerte la de los escritores notables! Alguno de éstos se ha visto durante dos años perseguido por un autor novel que se introducía en su casa y, quieras que no, *tras, tras*, le soltaba diez ó doce escenas todas las mañanas mientras se vestía.

—Dispénsame V., Cateto, pero voy á salir—decía por último el pobre señor, medio muerto de fatiga y con los oídos destrozados.

—Bueno—contestaba el de los dramas;—saldremos juntos, porque quiero que me diga V. su opinión... Vamos á ver, sea V. franco: ¿mataré á Godofredo?

—¿Quién es Godofredo?

—El padre de la protagonista.

—¡Ah, sí! Mátele V.

—Pero entonces no podrá hablar.

—Mejor... ¿Dónde está mi sombrero?

—No se lo ponga V. así; voy á pasarle un cepillo...

El de los dramas andaba todo Madrid detrás del poeta ilustre, como si fuera su perro, y aprovechaba todas las ocasiones posibles para recitarle algo.

—¡Qué frío hace!—decía éste.

—Se acuerda V. de lo que he puesto en mi drama, á propósito del frío?

«Helado mi cuerpo está
como la estepa pelada.

¿Qué hay en la cómoda? Nada.

¿Quién lo ha vendido? Mamá.

El poeta llegó hasta meterse en la cocina de su protector, á pretexto de que sabía guisar perfectamente el bacalao á la vizcaína, y en poco estuvo que no se quedara á vivir allí... Hasta que un día, tanto aburrió al literato, que éste le echó las manos al cuello y si no se lo quitan, lo mata.

Sólo así pudo verse libre de aquel moscón inspirado, que hoy está en su pueblo, desengañado del mundo y dando lecciones de guitarra.

* *

Después de todo, resulta que no hemos escrito la crónica de la semana. Verdad es que no ha habido sucesos notables, ni nos queda ya espacio, ni buen humor, ni gana de trabajar...

Aparte de esto, debemos asistir á una sesión de hipnotismo que se celebra esta noche en el Teatro de Talía, á beneficio de una señora que ha empeñado la máquina de coser, y queremos presenciar los progresos de la ciencia.

«Ya [días] pasados tuvimos el gusto [de ver un caso de hipnotización notabilísimo. Tratabase de un mozo de cor- del completamente histérico que se deja hipnotizar por una módica suma.

Para producir la hipnotización, se le pone delante una botella de vino, y el hombre se la bebe; después le ponen otra y otra, hasta catorce, y se las bebe también; por último se tiende en el suelo, y en esta posición contesta á todas las preguntas y resuelve todos los problemas.

—¿Quién eres?—le preguntan.

—Yo soy mozo, pa servir á Dios y á V.

—¿Qué haces?

—Llevo baules y demás.

—¡Levántate y anda!

—Nun puedo.

—¿Por qué?

—Porque estoy borrachu.

Y así sucesivamente, hasta que le dejan solo. Entonces, bajo la influencia de la sugestión, ronca sin freno, y el público se retira murmurando:

—¡Qué maravilla! ¡Oh poder del hipnotismo!

Lo único que no se ha podido conseguir, es hipnotizar á un casero: sobre todo el último día de mes, cuando tiene que cobrar los recibos...

LUIS TABOADA.

MI ÚLTIMA BREGA

(FRAGMENTO)

Aquí os diré en confidencia que, al entrar en la vejez, se torna de la niñez á entrar bajo la influencia: y el viejo poeta, un día en el rincón donde duermen sus recuerdos, vuelve el germen á hallar de su poesía.

Nuestra memoria es un mar, que á sus playas solitarias en sus olas siempre varias trae las mismas sin cesar.

Los viejos se tornan niños: su memoria hacia atrás vuela, y el ayer se les revela entre luz, oro y armiños; y á los viejos nos consuela ver el arcón do en escritos guardaba el pan nuestra abuela; pasar por la callejuela por do á rastra ó con cariños nos llevaban á la escuela, y vagar por la plazuela donde los primeros guños hicimos á una chucuela, aún impúberos lampiños.

Es una segunda vida reflejo de la pasada; de la cual no queda nada, de la cual nada se olvida.

Mutua compenetración de niñez y senectud, es lampo de juventud que nos alumbró el panteón; es la fiel reproducción del panorama vital, donde á la luz celestial de la antorcha de la fe,

toda la vida se ve de una ojeada final.

Y eso es, eso lo que había para mí en Valladolid. ¿Debi renunciar, decid, á esta final poesía?

¿Debi de la madre mía huir de la gloria en pos, con vergüenza de los dos é ingrato y vil con exceso, sin darle el último-beso, sin darle el último adiós?

De allende el mar al volver, de sus entrañas pedazo con un maternal abrazo me acogió con gran placer; y hoy me aduerme en su regazo como al niño á quien dió el sér; y yo aquí, en Valladolid, conservo amistades viejas con mil héroes de consejas desde los tiempos del Cid.

Es que no hubo más cariño para mí en mi vida entera, que aquella gloria primera en que aun es ángel el niño.

Es que yo, de mi ciudad natal partí adolescente, para echarme de repente del mundo en la tempestad:

y me arranqué de sus brazos dejando por sus rincones de mi memoria, jirones, de mi corazón, pedazos; y ahora que salgo del mar para echarme en el olvido, donde los habla perdido los estoy volviendo á hallar.

José ZORRILLA.

LA VIDA DE UNO DE TANTOS

«Por qué vino á la vida?... Dios lo sabe. Nació rico y creció, llegando á hombre, no ilustró ni su patria ni su nombre, fué en el mundo, feliz, en cuanto cabe.

No fué de genio fuerte ni suave, nadie en él hallará cosa que asombre, no tuvo apodo, mote ó sobrenombre, ni pecó de ligero ni de grave.

¿Qué hizo en vida? Pues... nada... fué comiendo mientras tuvo apetito, á otras funciones de la vida animal obedeciendo,

Murióse al fin... yo escribo estos renglones consignando en su tumba que... viviendo hizo diez mil quinientas digestiones.

ENRIQUE G. BERRUAR

CUENTO

A la orillita del mar estaba sentada Lola viendo las olas llegar y diciendo sin cesar: ¡Hola, ola!... ¡Hola, ola!... Llevaba un traje, que era de lo más ligero que hay, con todas las brazos fuera y todas las piernas... ¡ay! que cosa más hechicera. Ella tuvo relaciones, dicen, con un tal Quiñones, chico guapo, guapo, guapo,

y un día la dió un sopapo por si eran pares ó nones. La cuestión no fué de monta; pero aunque no valió nada, él... tiene la mano pronta, y la dió una bofetada que la dejó medio tonta. Ella, entonces, se sentó según ya queda sentado, y sentada se quedó. Y... colorín colorado este cuento se acabó.

CONSTANTINO GIL

SESIÓN DE HIPNOTISMO

Qué concurrencia estuvo la función que dieron los animales pequeños á beneficio de las hormigas arruinadas en una inundación. Es verdad que el programa era tan interesante, que merece ser reproducido:

- 1.º Sinfonía de grillos y cigarras.
- 2.º Wals tocado por el ruiseñor y bailado por la ardilla.
- 3.º Ejercicios en la cuerda floja por la araña.
- 4.º Lecciones de natación por la distinguida rana Miss

Croack.

- 5.º La hormiga Hércules levantará sobre su frente una ave-llana.

- 6.º Batuda de saltamontes.

Una filantrópica serpiente contribuirá al beneficio, dando al respetable público una sesión de hipnotismo. Los rosales, claveles y acacias han cedido sus flores para adorno del local. Lindísimas mariposas revolotean en el escenario para dar brillo á la fiesta, que alumbrarán gratuita y espléndidamente las luciérnagas.»

Todos los artistas fueron aplaudidos con justicia, como que los grillos y cigarras enviaron sus mejores voces, los saltamontes sus mejores zancas y la hormiga levantó la ave llana, obteniendo frenéticas palmadas.

Cuando apareció la culebra en el tablado, todos aplaudieron al ver que se dignaba alternar con los pequeños. Explicó en pocas palabras el hipnotismo; preguntó si había un pájaro que se prestase á los experimentos, y presentóse tembloroso un escualido jilguero de la última cría.

La culebra fijó en sus ojos los suyos penetrantes, le adormeció y le dijo con dulzura:

—Da una vuelta por el tablado, á pata coja.

El pájaro dormido dió la vuelta.

—Fíngete el muerto.

Cayó al instante al suelo el pajarillo, como herido por una perdigonada.

—Levántate y canta un aire popular.

El jilguero cantó como quien era.

—Ahora vuela y márchate á acostar.

Voló el jilguero al oír el mandato, desapareciendo por el aire con asombro de todos los presentes.

—Señores—dijo la culebra;—el jilguero es un pájaro delicado, y no se pueden hacer con él otros experimentos. ¿No hay un ave robusta con quien hacer pruebas aún más sorprendentes? Toda la concurrencia se fijó en una hermosa y redonda codorniz, que estallaba de bien mantenida, y acababa de escaparse de la jaula.

Tales instancias la hicieron todos los presentes, que no pudo menos de someterse á la experiencia.

Colocóse la culebra enfrente de ella; la codorniz sintió la influencia en su mirada: temblaron sus alones, cerró sus ojos, y quedó magnetizada.

—Acércate á mi boca—dijo la culebra, con voz alterada por la gula.

La codorniz obedeció.

—Meté en mi boca tu cabeza, y pasa adelante sin cuidado.

Y el público, lleno de asombro, vió que la codorniz entraba poco á poco por el elástico tragadero del reptil.

La concurrencia esperó algunos minutos á que terminase

SILUETAS



—¿Ve V. el frío que hace? Pues ahora mismo tomaría yo un sorbete de fresa.

—¡Hombre!

—Sí señor, por tomar algo.



—¡Oh! no hay nada como el invierno. El té de la Condesa, el palco de la Baronesa, y el resto de la noche, con . . . esa.



—Que me dejes en paz, Celestino. que traes una curda de las de chipén.

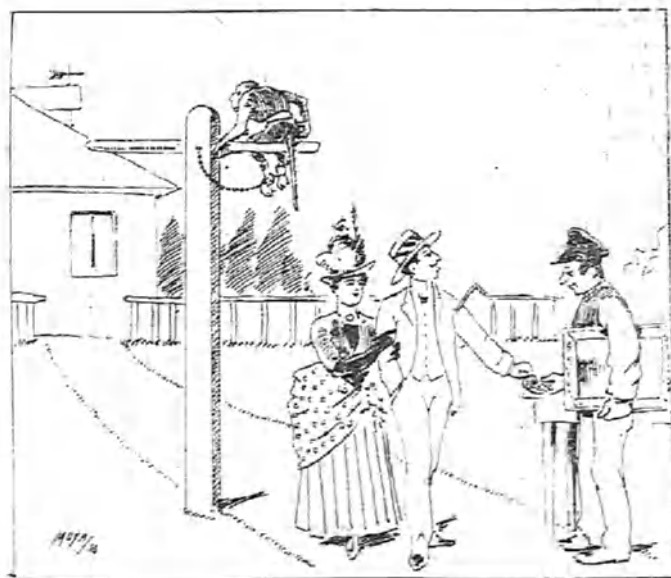
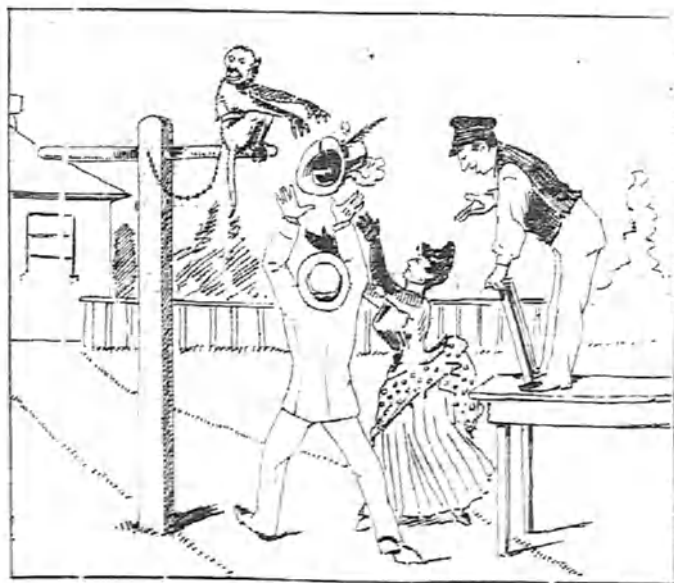
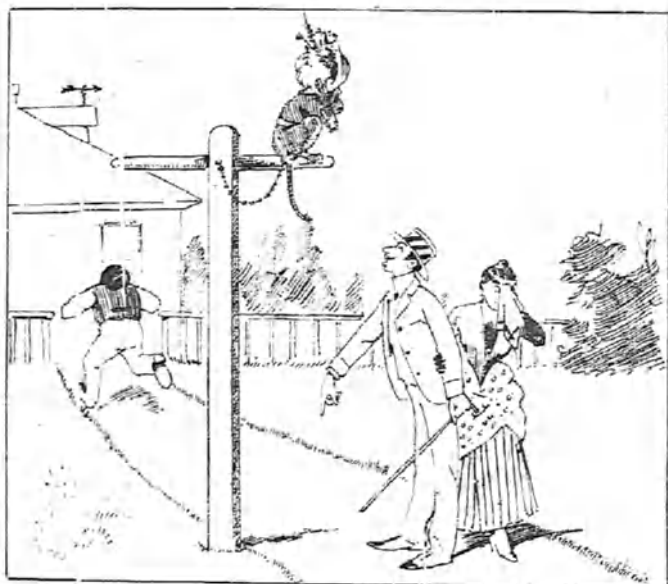
—Desimula; pero es porque el vino después de los cayos me sienta mu bien.



—Yo estoy dispuesto á comerme en seguida toos los burgueses que me toquen.

—Pus miá tú lo que son las cosas. Yo con un platito de ju . . . as me conformo.

CÓMO SE GANA UNA PROPINA



la suerte; luego se impacientó... y por último pidió alborotada que acabase.

—Señores—dijo la culebra saludando—la suerte ha terminado; ya sólo falta digerir la codorniz.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

FRAGMENTO DE UN DRAMA

VIFREDO DESCRIBE Á SU FAMILIA EL INCENDIO Y SAQUEO DE UNA ALDEA POR LOS ÁRABES

.....
El sol alto; el cielo azul;
el valle todo verdura
bajo el espléndido tul:
y coronando la altura
el pino y el abedul.

Seguí adelante: la aldea
en la vega, allá muy lejos.
Pero es raro; no blanquea
como siempre á los reflejos
que manda la luz febea.

¡Nube que encima se mece!
¡que á veces arde con llama!
¡que ya mengua, que ya crece,
que de repente se inflama,
y de pronto palidece!

En esto rompe la hoguera
y se lanza á campo raso
un jinete á la carrera;
¡el diablo, que con tal paso,
alcanzarle consiguiera!

Rostro de tostada piel;
lienzo blanco y ondulante,
negro y árabe corcel;

un retorcido turbante,
y un africano alquicel.

Es el sangriento trajín
de un berberisco soldado,
ó de un negro sarracín,
que se quedó rezagado
y se lleva su botín.

Hizo de un alba zurrón;
y las santas vestiduras
y las cruces y el copón,
atan manazas impuras
en el pico del arzón.

El horizonte que humea:
á mis piés, sobre unas ramas,
un pájaro que aletea,
y en la torre de la aldea
una cruz entre las llamas.

Medio loco y casi ciego,
por toda la Serranía
de estos valles seguí luego,
hasta que el sol ya se hundía
entre celajes de fuego.

JOSÉ ECHEGARAY.

GANAS DE HABLAR

La portera de mi casa
es una buena mujer,
pero se queda dormida
reclinada en la pared,
y sube y baja quien quiere
y es la casa una Babel.
¡Pero viene cada tipo!...
Llega anoche una mujer,
llama, y abro el ventanillo
diciendo de paso:—¿Quién?—
—¡Servidora!— me contesta.
—Y ¿qué se le ofrece á usted?
—Si vive aquí un caballero
que se llama don Miguel.
—¡No señora! ¡aquí no vive!
—¡Este tal es de Jerez!
—A pesar de eso, no vive.
—¡Y tuvo escuela en Jaén!
—¡Me alegro!

—¡Y fué á Zaragoza
con su hermano, un Coronel
que se sublevó tres veces,
y le cogieron las tres,
y por poco le fusilan!
—Pues ¿qué le vamos á hacer!
—Pero no le fusilaron
¡quiere V. saber por qué?
—¡No señora, muchas gracias!
¡no me interesa!

—Pues bien;
el don Miguel de que hablo
me solía proteger,
y más desde hace tres años
que por desgracia en viuded
y me quedé en la orfandad
y sin tener qué comer,
porque aquí nada se premia;
mi esposo, que en gloria está,
era de esos que cogían
perros al amanecer,
pero, amigo, andando el tiempo
me le cogieron á él
con el lazo, y se murió.

—¡Y á mí qué me cuenta usted!
—No; ¡que se murió de penal!
—Requiescat in pace, amén.

—Desde entonces la desgracia
me persigue por doquier
y no tengo viudedad,
y por serle á mi hombre fiel
no me he vuelto yo á casar.
—Bueno, ¡no se case usted!
—Aunque si encontrara un hombre...
—No digo uno, sino cien
hallará usted. ¡De eso hay mucho!
—Por eso quería ver
al don Miguel que yo busco.
—¡Corriente! ¡Véale usted!
—Me han dicho que aquí vivía
¡no es este el número seis,
piso segundo?

—¡Sí tal!
—¿Y ésta la calle del Pez?
—No señora; ¡esta es la calle
de Atocha!

—¡Vamos! ¿Ve usted?
¡cómo tengo la cabeza!
Y es que desde que en viuded...
—¡Bueno! ¡sí! ¡quedo enterado!
¡Abur! ¡qué tengo que hacer!
—¡Un momento, caballero!
Si le conviniera á usted
comprar un reloj de lance,
abra y se le enseñaré
porque le traigo en el pecho
por si le llevo á perder;
es el que usaba mi hombre,
¡y si me desprendo de él
es por hambre!

—¡Vaya! ¡vaya!
se acabó, márchese usted
y exprese al difunto
y al reloj y á don Miguel.

Dé un golpazo al ventanillo
y se marchó la mujer
que quería que la viera
el reloj; yo me escamé
y no le abrí, aunque era guspa.
¿Qué tal? ¡Hice mal ó bien?

MANUEL MATÓSES.

SAETAS

No sé dónde grabó un rey,
sobre una plancha de acero:
«¡Pena de muerte al ratero!»
... y le robaron la Ley.

¡Decía un horizontal
que mi drama era inmorall...

Para escucharte se inclina
como si fueras enano,

y cuando ofrecé la mano
parece que da propina.

Tiene usted razón, padrino.
¡Viva el orden!... bizantino.

¡Conque es muy cursi rimar!
Ni disputo ni me inquieto;
pero dílo en un soneto...
y que sea regular.

LEOPOLDO CANO.

SE DAN CASOS

Ya es don Pánfilo Bobantes
Ministro de la nación...
Lo que no fué Calderón,
ni Quevedo, ni Cervantes.

ABDÓN DE PAZ.

ESCENA CELESTIAL

A la puerta del cielo llegaron el alma de un poeta, el alma de un crítico y el alma de un editor.

El divino portero pidió á cada una de las recién llegadas relación de sus méritos por si eran ellos suficientes á justificar la entrada en el Paraíso.

—Yo—dijo el alma del poeta,—viví cantando, me engañó todo el mundo, y sufrí privaciones sin cuento. Mi único pecado fué el amor excesivo de los aplausos.

—Bien venida seas á la mansión de la paz—contestó San Pedro.—Toma un laud y ve á aumentar la orquesta de los querubines.

—Yo—dijo el crítico,—he hecho el sacrificio de ser dos veces justo en mis revistas para merecer la dicha de entrar en el cielo.

—¿Y cómo pudiste hacer tan gran sacrificio?—interrogó San Pedro que ya en casa de Pilatos pudo apreciar lo que es la crítica.

—En reserva os diré, Santísimo Apóstol, que sólo lo hice por poder seguir al poeta y no perderlo de vista.

—¿Tanto le quieres?

—Tanto le envidio.

—¿Y tú, alma negra y feísima, cómo has venido al cielo?—exclamó San Pedro dirigiéndose al editor.

—Sed conmigo complaciente y benévolo... Yo me he colado... Vengo á ver si le puedo seguir cobrando al poeta los derechos de autor.

Cuenta la conseja que San Pedro, portero al fin, tenía debilidad por las tunanterías graciosas, é hizo la vista gorda. Pasaron crítico y editor y fueron á ponerse al lado del poeta.

En cuanto éste entonaba una canción inspirada en el sublime espectáculo de la dicha eterna, el crítico sacaba su lápiz y empezaba á apuntar las faltas que había notado, y el editor reclamaba daños y perjuicios porque el poeta le había cedido en la tierra todas sus obras mediante algunos maravedises.

Un día se echó de menos el alma del poeta. Se había fugado. Buscósela por todas partes. Al fin se vino á saber que estaba en el Purgatorio.

—¿Cómo te has venido á este lugar de torturas?—le dijeron.

—Vengo buscando la calma. No hay para un poeta paraíso, si en el Paraíso se encuentra con un crítico y un editor.

J. ORTEGA MUNILLA.

DEL "LICENCIADO TORRALBA"

CREACIÓN DE MULIÉRCULA

V

A una señal de Estrella, otra hechicera
arrastra hacia Torralba una caldera
en que hay cierto elixir de larga vida,
que lo sabe ella usar de tal manera
que, á más de una existencia indefinida,
hace un joven de un viejo, le embustera.
Y echando otro ingrediente misterioso
sobre el antiguo poso,
con un palo el brebaje revolvia

y el talle, un poco largo, lo movía con esa ondulación de un cisne hermoso. Para avivar las llamas grita Estrella con frases imperiosas: —Echa al fuego más ramas. El calor es el alma de las cosas. No olvides el empleo de especies incentivas del deseo. Ponle sangre de ardilla; y escoge buena arcilla amasada con agua del Leteo. Echa eso por igual, y haz bien la cuenta; á dos partes de sal, dos de pimienta. Y después añada: —*Más oleum scorpionum* y más fuego.— La ayudanta atizaba y revolvió, y Doña Estrella luego: —*Más oleum scorpionum*—repetía.

VI

Después, otra alquimista, en la caldera filtra un rayo de sol del Mediodía; porque sabe muy bien, como hechicera, que es el clima del alma Andalucía, junta al rayo de sol otro de luna, y con arte mezclados lo sustantivo y lo adjetivo auna, haciendo con fortuna hervir dos magnetismos encontrados. Y después Doña Estrella, que acababa con aire melindroso de contar á Torralba, que por ella jubiló á su mujer el Rey su esposo, trazando líneas vagas con un ramo, emblema, por ser de oro, del dinero, pronunció en doce idiomas el «¡Te quiero!» y conjugó en catorce el verbo «¡Te amo!» Y al fin otra hechicera jubilada, más fea que una grulla disecada, dijo ciertos conjuros que sabía, y con tino evocada. *Mulircula* se alzó galvanizada, mas dormida por dentro todavía.

CAMPOAMOR.

LA CARTERA DEL SIMÓN

En el Rastro, en un rincón, y entre varias chucherías, encontré hace pocos días la cartera de un simón, donde en torcidos renglones y robando horas al sueño iba apuntando su dueño sus múltiples impresiones.

Algunas, por lo curiosas, saltan á primera vista: Voy á copiar de la lista las que están menos borrosas.

«Entierru de un señuron. Tómanme dos caballeros que deben ser herederos del que ha dado el estirón.

Fuerun, sin pena maldita, charlandu como dos loros de treatus y de torus, de la Guerra y del Cuerrita.»

«Hoy el negociu es seguru. He comidu unas chuletas y he bebida vinu puru ¡y he paradiu tres pesetas al dar el cambiú de un duru!»

El día veinte de Enero hice un viaje á la Estación con un inglés extranjeru que se marchaba á Aragón.

Parecióme regalar y le llevaba con gustu; pero al quererle cobrar diez riales más de lo justu, tal bastonazu me dió

que caime del pescante, y me divide si no me lu quitan de delante.

Desde entonces, y hace un mes, aunque esté desalquiladu, en cuanto veo un inglés bajo el *alquila* escamadu.»

«¡Madre de Dios! ¡Qué aguaceru! Y en tantu ese matrimoniú sin bajar de ese terceru... ¡Malditu sea el demoniu y el oficiu de cucherul

Tomóme á las tres en puntu un señuritu elegante que ventilaba un asunto, de fija, muy importante.

De la calle de Zurbann á la calle de la Paz, y luego á la de Serranu, y luego á la de Ferraz.

Después al Café Francés, luego al Hotel de París, y en seguida á San Ginés y á pocu ratu á San Luis.

Fuimonus, por fin, á Lara á buscar á un diputadu. Dijume que lu esperara... ¡y no ha vuetu el condenadu!»

«Un caballero de veras y una señora muy fina... Paseu por las afueras... ¡Seis pesetas de propina!»

(Por la copia.)
VITAL AZA.

SUCEDIDO

Histórico: lo ha contado el mismo juez del distrito.

Un aguador y una chula fueron llevados á juicio.

en que resultó innegable por la fe de dos testigos, que, cuando estaba llenando en la fuente muy tranquilo el asturiano su cuba, con un botijo vacío llegó la chula corriendo, y sin más ni más le dijo: —Déjeme usted llenar esto, que me espera mi querido; que él sin ceder le repuso: —Haya paciencia: mis hijos espéranme hace dos años, — y que ella sin más motivo,

el botijo en la cabeza al noble astur hizo añicos. Así resultó probado; y, una vez que el ofendido hubo reclamado en forma reparación de perjuicios, el juez preguntó á la chula observando el ritualismo: —Usted, ¿tiene por su parte algo que pedir?

—Sí pido.
—Pues pida, y se proveerá.
—Que me paguen mi botijo.
F. PLEGUEZUELO.

UNA CONSULTA

—Bueno, ¿qué es lo que usted quiere?

—Pues mire usted, yo quisiera dar pasaporte al comercio porque veo que no es esa mi vocación. Tengo ya la seguridad completa de que vendiendo crudillos y terlices y bayetas tuerzo mis inclinaciones y no me gusta torcerlas. —Bien hecho, porque supongo que tendrá usted otra manera de vivir honradamente cuando de ese modo piensa; ¿no es cierto?

—Claro que sí.
A mí me tiran las letras.

—¡Hola!
—Y estoy persuadido de que en cuanto me resuelva y publique en los periódicos los versos de mi cosecha doy golpe; créalo usted. —No digo que no.

—De veras.
—¿Y ha escrito usted mucho?

—Mucho.

Ya lo creo; si usted viera... Tengo ya un montón así de composiciones sueltas. Como que todos los días después de limpiar la tienda me pongo á tirar de pluma y no levanto cabeza

hasta que hago, por lo menos, una ristra de cuartetas. Al principal no le gusta que yo cultive las letras con tanto ardor, porque dice que le descuido las ventas, y además tengo los géneros de un modo que dá vergüenza; pero esto es inevitable por que, amigo, no me deja la inspiración. Muchos días estoy barriendo la acera, pongo por caso, y de pronto me se viene á la cabeza un pensamiento sublime con el cual hago un poema en menos de diez minutos.

—¿Canario!

—Muy buena. ¿Cómo está usted de gramática?

—Hombre, no estoy fuerte en ella. —¿Sabe usted latín?

—Ni pizca. —¿Y francés?

—Ni media letra. —¿Tiene usted conocimiento de los clásicos?

—Apenas. Conozco á Chas de Lamotte y á Sañudó Austrán. —¿De veras?

Pues se me ocurre una cosa. —¿Cuál?

—Que siga usted en su tienda vendiendo madapolanes y crudillos y bayetas sin olvidar, sobre todo, si la inspiración le asedia, que no se hace el chocolate para mulas de cólleras. —¿Usted me insulta, don Rufol

—¿Cállese usted, sinvergüenzal

J. LÓPEZ SILVA.

SILUETA DE TEATRO

MONÓLOGO DE UN APUNTAADOR

... ¿Quién soy? ¿Cómo me llamo? ¿Qué le importa esto al público!

Antes de sentarse en la butaca, los concurrentes miran el cartel.

—¿A ver el reparto?—dicen. Y se enteran de quién hace el galán, y la dama, y el barba... Pero nunca se les ocurre preguntar:

—¿Quién será el apuntador? Y sin embargo, yo soy el personaje principal. No estando yo en mi concha, no hay obra posible.

¡Mi concha! ¿Qué bien suena esto! Algunos dicen: «¡Mi palacio! ¡Mi hotel! ¡Mi casa de campo!» Pero allí están solos, con la familia, ó limitados á un pequeño círculo de amigos.

Yo soy el dedo de la Providencia que indica el desarrollo de acciones trágicas ó apacibles, risueñas ó conmovedoras.

VARIEDADES



—¡Jesús, qué manera de coquetear!
¿Será costurera?
¡La voy á encerrar!

—Pues... yo quería casarme con ésta por el sistema ese que dicen *Las Dominicales*.

—Bueno; pero te advierto que por ese sistema la chiça ya es viuda.



—Duermen así, despiertan, dan un bostezo, y el bostezo hacen cuenta que es el almuerzo.

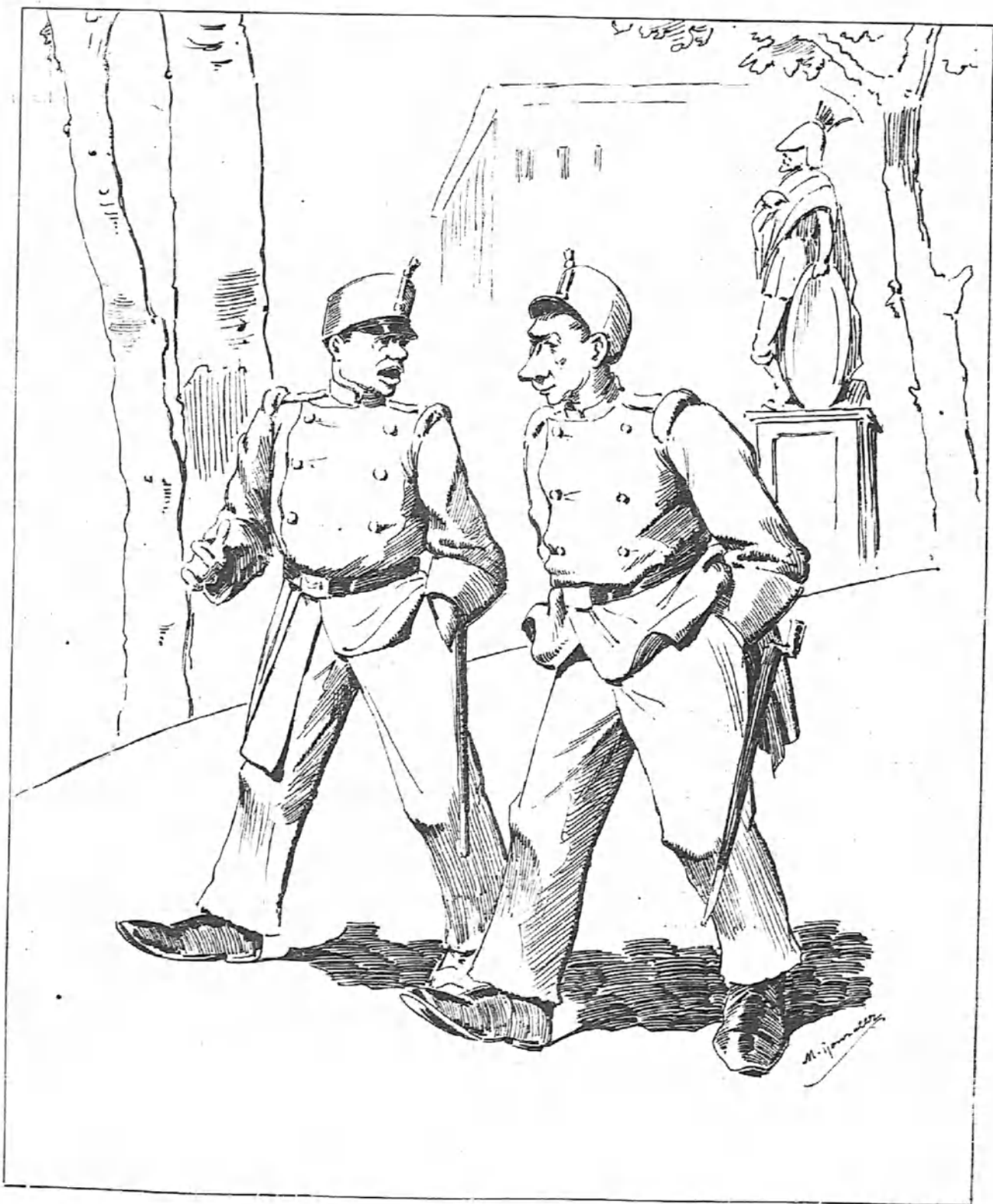


—Pues el hipnotismo es... ¡verás! Yo te doy un pase, te digo: «¡abrázame!» y me abrazas.

—Entendido; y luego yo te doy otro pase y te digo: «¡dame un billete de quinientas pesetas!»

—Pero ¡caramba! eso ya no es un pase. Es una estocada en los rubios.

CROQUIS MILITARES



—Vamos á ver: la generala ¿no es la señora del General?
—Justamente.
—Pues entonces el *toque de generala* lo deben aprender sólo los Generales.

Diógenes tenía su tonel... yo tengo mi concha, donde me albergo casi todas las noches del año.

La gente acomodada me imita en el verano.

¿Por qué pasan la época del calor en San Sebastián?

¡Oh! ¡No irían si no hubiese allí una magnífica Concha!

No divaguemos. Yo no puedo perder el hilo del asunto.

¿Qué serían sin mí los actores más aplaudidos? Me considero muy grande cuando reflexiono que su reputación está en mi mano.

El público los ve desde la butaca metidos en una situación altamente dramática... Es en noche de estreno: los principales personajes luchan con sublimidad artística en conflictos de amor, de codicia, de liviandad, de odio... El público espera palpitante de interés la conclusión del acto... y el autor, entre bastidores, sigue la representación con palidez cadavérica en el rostro, y con ansias de muerte en el alma.

Todo depende de mí en aquel instante.

Yo puedo extinguir el apasionado fuego de los actores.

Si yo dejo a un lado el manuscrito y me cruzo de brazos, ¡adiós interés, pasión, arte!

La obra va al foso, sin remedio.

Pero no lo hago; cumplo con mi deber, me agiganto, me multiplico en mi agujero.

Y entonces... ¡oh ingratitud humana! Se oye el rumoroso clamor del público que grita:

—¡Bravo!... ¡Bien!... ¡Magnífico! ¡El autor! Los actores!

Y de mí nadie se acuerda. Pero soy filósofo, y algunas veces me divierto con el público.

Me llaman cuando yo quiero.

Las noches en que estoy de buen humor, digo:

Hoy voy a hacer de las mías.

Y levanto la voz más que de costumbre.

Es cosa infalible: en seguida gritan varios:

—¡Eh! ¡El apuntador!

Y yo me río dentro de mi concha como un bendito.

Lo que no me gusta es que me tomen como término de comparación para exagerar los efectos trágicos y espeluznantes de una obra.

Suele decirse.

—El drama es tremendo: muere hasta el apuntador.

¿Por qué no se ha de matar alguna vez también al director de orquesta?

Mis antipatías son terribles.

Yo estaba enamorado de unas deliciosas botitas del coro.

¡Qué pie aquél tan seductor, tan diminuto!

Mi rival era el galán joven. Esperaba que le aumentarían el sueldo para casarse con la corista del pie pequeño.

Pero yo desbaraté sus proyectos. Una noche le apunté tan mal, que él se perdió y estropeó la escena.

Hubo murmullos en el público; y al día siguiente decían los periódicos:

—El actor *Fulano* es un holgazán: no se sabe nunca el papel. Ayer no dió pie con bola en toda la noche.

En vez de aumentarle el sueldo se lo rebajaron.

¡Quedé triunfante!

Soy feliz en medio de mi insignificancia.

Sólo tengo una pena.

¡No haber podido ahorrar lo bastante para comprarme un bastón de concha!

Por la copia,
PEDRO BOFILL

¿A UNA TUERTA

¡Cese tu inútil sonrojo
y tu triste *no sé qué*,
pues yo te demostraré
que *no es nada lo del ojo*!
¡Por el párpado velado
discreetamente caído,
en vez de que lo has perdido,
parece que se ha entornado!
¡No tengas dolor ninguno
porque tuerta te hizo Dios;
cualquiera mira con dos;
lo raro es mirar con uno!
¡Anso Dios te declara
de la belleza modelo;
No hay más que un sol en el cielo,
ni más que un ojo en tu cara!
¡Por eso en feliz concierto
Dios a tu semblante ha dado

la noche en el entornado
y la aurora en el abierto!
Cuantos cándores entrañas
en tu corazón amante,
se asoman a tu semblante
por un balcón de pestañas!
¡Aunque tu rostro sereno
lo nublaran los ojos,
no miras *con malos ojos*,
sino con el ojo bueno!
Y nunca sucederá
lo que en otras muchas ví:
me mires con uno a mí
y con otro a tu mamá!
¡¡Por eso, niña, te quiero,
con entusiasmo profundo;
porque no miras el mundo
más que por un agujero!!

ANTONIO GALLO.

ARTISTAS Y LITERATOS

Al sol pide sus fulgores
y al trabajo da comienzo,
para ir dejando en el lienzo
la vida con los colores.
Con laureados pintores
va al fin a la Exposición,
y le aplaude la opinión,
y aún más luz le ofrece Febo
para que haga un cuadro nuevo
viendo el viejo en un rincón.

Sabio en fuga y contrapunto
en composición muy diestro,
de su alma toma el maestro
color, y vida y asunto.
Ni en detalle ni en conjunto
le falta nada ni sobra;

y hace un portento en su obra,
y á artistas y pueblo encanta,
y todo el mundo la canta
cuando él apenas la cobra.

Es escritor, busca un tema
á la luz de una esperanza,
y hace un libro de enseñanza
ó escribe un bello poema.
Es su aspiración suprema,
de un renombre va detrás;
y el libro imprime y quizás,
de gloria y oro ratero,
sale en la calle un librero
con que el papel vale más.

EDUARDO BUSTILLO.

LA LLUVIA

Ya la escucho, botando en los cristales
del balcón de mi estancia; ya la siento
llegar, batida por airado viento,
deshecha en copiosísimos raudales.

Al compás de sus notas desiguales
fiebre tenaz me embarga el pensamiento,
que me suena su voz como el lamento
de mis largas tristezas invernales.

Del mar ó las entrañas de la sierra
brota en la nube, por su aliento henchida;
luego lo arrasa ó lo fecunda todo.

Imagen al caer sobre la tierra
de la hermosura juvenil vendida,
que se convierte y se encenaga en lodo.

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

DIÁLOGO

—¡Mi Jacinta!

—¡Mi Leonor!
¿Cómo te encuentro hoy aquí?

—Lo mismo te digo á ti:
¿vinieste con tu tutor?

—No.

—¿Cómo!
—Desde aquel día
en que salí del convento
sin llevar más sentimiento
que dejar tu compañía,
dió en cortejarme un señor
que, desde su tierna edad,
franca y estrecha amistad
tenía con mi tutor.

Y, aunque no era muy lucido
con su edad para cortejo,
hízome olvidar lo viejo
la esperanza de marido.

Me llamó al fin su consorte
y contenta de él estoy,
y con él gustosa voy
á la fiestas de la Corte.

¿Y tú?

—Pues yo estoy aquí,
aunque te parezca cuento,
por cosas que en el convento
al lado tuyo aprendí.

Me hicieron allí creer
que amar es nuestro castigo;
que el hombre es el enemigo
más fiero de la mujer.

Nos hablaban de atropellos
de los hombres cada día,
y yo al cielo le pedía
que me preservara de ellos.

Con una santa ignorancia
salí del convento, cuando
el mundo estaba admirando
la guerra entre España y Francia.

Mi padre, que era testigo
de las victorias de ayer,
exclamaba:—Es menester
hacer frente al enemigo.

Y yo dije:—Es conveniente

que la lucha no me asombre;
¿quién es mi enemigo? El hombre;
pues tengo que hacerle frente.

Y á pesar de todo puedo
jurarte que, cuando ví
el primero junto á mí,
pensé morirte de miedo.

Al escuchar las lisonjas
de su amor puro y sincero,
dije:—El hombre no es tan fiero
como él que pinta las monjas.

Tan tierno estuvo conmigo,
que comprendí en mi interior
por qué nos dice el Señor
que amemos al enemigo.

Rogó, suspiró, y después
de mis desdenes fingidos
de enojos no sentidos,
cayó rendido á mis pies.

Y tras aquella algarada,
más ansiada que temida,
me marché muy ofendida,
pero más enamorada.

Mi amor mi padre aprobó;
mas mi tía, que hoy dispone
de mi suerte, á ello se opone
y al claustro me destinó.

La tía, con sus rigores,
no ha comprendido quizá
que en la prohibición nos da
la salsa de estos amores.

¿Dónde hay contento mayor
que imaginar mil locuras
y lances y travesuras
para burlar su rigor?

Yo me daré buenas trazas
de poner en estas lides
contra violencias, ardidés,
industrias contra atagazas.

Para consagrarme á Dios
de Madrid sacóme ayer,
y hoy aquí vamos á ver
quién puede más de las dos.

JOSÉ ESTRAMERA.

A PEPE

Dios da el amor en vaso sin medida
y no llegas á ver jamás el fondo;
hebes la espuma al empezar la vida...
el verdadero amor está muy hondo.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

EL ALCOHOL LITERARIO

Lo importa Francia exclusivamente, y con él están entabazados muchos productos dramáticos españoles que algunos rancios paladares juzgan perjudiciales á la salud del público.

Los tíos que en la escena española testan y desheredan á sus sobrinos con arreglo al derecho civil de la vecina República, las viudas que van solas por esos mundos de Dios, empobreciendo maridos infieles, los matrimonios procedentes del comercio, poseídos repentinamente del deseo de ser nobles, los Duques arruinados que se casan con las hijas de los enriquecidos fabricantes de salchichas, todas estas personas y muchas más que en las obras nacionales se nos presentan, acusan la existencia de grandes cantidades de alcohol francés en nuestros caldos dramáticos.

Esto es para muchos un crimen de lesa literatura nacional.

Para otros un progreso en nuestra industria dramática.

Los consumidores darán la razón á quien la tenga.

A quienes no puede ni debe darse nada, es á los falsificadores del género.

Resulta que hoy cualquier chico listo puede ser autor dramático sin escribir comedias, ni nada.

Lo único que tiene que hacer es tomar (en todas las acepciones posibles del verbo) una producción escénica del otro lado de los Pirineos, y darla en España como cosa sacada de su cabeza.

Si llaman al autor, sale á escena el del robo.

En los carteles se dice al día siguiente del estreno, que la obra es original y hasta llega á creerlo él mismo, que no ha tenido en este mundo más original que el pecado en que fué concebido.

Por hacer esto en cualquier otra esfera social, se va á presidio.

En el teatro, se puede ir en coche.

Bueno es que se importe el Burdeos y el Champagne; pueden y deben estar en una mesa española al lado del Valdepeñas y del Jerez.

Lo intolerable es, que se dé al público autor por liebre, y que aquél comulgue con ruedas de traductor en cualquier teatro de esta Corte.

Así sucede, que en una comedia original se leen acotaciones como estas:

«Mismo juego.»

«Sobremonta las planchas.»

«Pasando al primer plano.»

Y así se oye decir en escena á un personaje aragonés:

—Mi buena hermana.

—Mi grande amigo.

El adjetivo de calidad delante, como prescriben Noël y Chaptal en su gramática de la lengua... de los traductores.

No se vaya á creer por eso, que conocen esta gramática ni otra alguna los contrabandistas en cuestión.

Ni siquiera la parda, que es la gramática de los ignorantes.

Si la conociesen, no dejarían las etiquetas en francés, para que fueran pregonando á voces su falsificación.

Por todo esto, tiene razón un músico amigo mío, que para dar cuenta del éxito de una obra suya, decía:

—El autor de la letra, salió cinco veces á escena. Yo tuve que atravesar los Pirineos al final.

Pasar desde la orquesta al escenario, es meterse en Francia.

Las candilejas, son la frontera.

De este lado, se encuentran los españoles; en el otro no ocurre nada que no sea francés.

¿Que hay excepciones?

Ya lo sé, y muchas más de las que se imaginan los que están dando pretexto á que pidamos una reforma arancelaria y un impuesto especial sobre los amílicos dramáticos.

¡Y luego dicen que hay reventadores!

Cuando en los estrenos hace falta hasta Guardia civil para que cumpla con la misión de su instituto.

EMILIO S. PASTOR.

ANTE UNA CONCEPCIÓN DE MURILLO

Ritmo, compás, armonía
del arte generador,
que es pintura en el color
y en la frase poética,
Inspiración que extasia,
ya en lienzo pintar intente
luz que en los ojos se sienta;
ya con generoso acento
dé en un libro esparcimiento,
á otra luz que arde en la mente.

Mirar... sentir... ¿Qué es mejor?
Brilla el cielo, el pecho late,
quien mira hacia el alma, es vate;
quien mira al cielo, es pintor,
Allí, la luz y el color;
aquí, el dolor y el placer;
mas no basta al pintor ver
ni basta al vate sentir,
que el poema ha de lucir
y el cuadro ha de conmover.

[Sentimiento y luz... Robar
al cielo el diáfano tul,
y de un alma el puro azul
sobre un lienzo interpretar.
Con un pincel, derramar
de los espacios el brillo,
sobre el semblante sencillo
de una virgen vaporosa
que es mujer, y nube y rosa,
la empresa fué de Murillo.

Vió y sintió, la luz ardiente
del cielo de Andalucía
inspiró á su fantasía
de sus cuadros el ambiente,
Aquel fulgor transparente
como un reflejo de aurora
que gasas de nubes dora
y se pierde y se dilata
sobre crespones de plata
que vívida luz colora.

Aquellos tonos perdidos
que se extienden á lo lejos,
y aquellos vagos reflejos
sobre azul desvanecidos...
Recuerdos son confundidos
de destellos y colores
de un sol, á cuyos rigores

arde el río, el cielo brilla,
y se levanta Sevilla
entre cristales y flores.

Mas la frente nazaríada
que destabren negros rizos;
los virginales hechizos
de la cándida mirada;
la tez pálida y rosada,
el pie breve, el talle airoso,
las manos que el seno undoso
oprimen en cruz unidas,
y aquellas ropas movidas
por un hábito glorioso...

Ver no pudo, en la terrena
y arrojada sevillana,
que lleva en la boca grana
y bronce en la tez morena.
Que cuando mira envenena
y que sin mirar fascina;
mujer en quien se adivina
la santa y pura matrona
como se ve en la Madona
algo de la Fornarina.

Pudo copiar el pincel
los arcos de aquellos ojos;
verter pudo en labios rojos
la púrpura de un clavel;
pudo, como Rafael,
Murillo ver y copiar;
mas sin sentir y soñar,
sin éxtasis ni pasión,
no trocara en creación
la paciencia de imitar.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

La cuesta de San Vicente
subía Juan á buen paso,
sin hacer de nadie caso
ni ver siquiera á la gente.

Iba humilde y abatido
él, por costumbre, altanero;
mas de pronto, un caballero
de buen aire y bien vestido,
cruzó desde la otra acera,
á él se fué, y sin decir nada
le pegó una bofetada
que le echó una muela fuera.

Y Juan, que es todo un valiente,
y es altivo y arrogante,
quedó parado un instante,
con asombro de la gente;

miró luego á su agresor,
y tendiéndole la mano,
—Mil gracias—le dijo,—hermano,
mil gracias por el favor.

Era esta muela traidora
la causa de mi agonía;
de tal modo me dolía
que la iba á sacar ahora.

Rió la gente el suceso
y Juan se fué tan campaneando
puesto que en aquel instante
no le estorbaba otro hueso,
y entre tanto el bienhechor
se decía muy formal:
¡Hasta queriendo hacer mal
se hace á veces un favor.

ERNESTO SIERRA.

UN ALGUACIL

(BOCETO DE HACE DOS SIGLOS)

Comenzó sus estudios á cursar,
mostrando hacia lo ajeno tal pasión,
que las moscas en más de una ocasión
la penca le espantó del espaldar.

Más tarde, comprendiendo que el hurtar
es oficio que exige precaución,
sentó primero plaza de sopión
y consiguió después alguacilar.

Hoy, al cabo, hecho todo un ministril,
tan á conciencia llena su papel,
que echa el guante á un rufián entre cien mil.

Y es á su nueva profesión tan fiel,
que si se ve al espejo de perfil,
impulsos sienta de pelearse él.

ANGEL R. CHAVES.

Vamos á ver: ¿Ustedes creen que el teatro nacional está en decadencia? Y si lo está ¿en qué consiste?



La generación venidera contestará

Nicando Gato

La misión del teatro es instruir, deleitando, hoy, hai mas teatro, y mas afición que nunca, pero con la mayoría de los espectadores que "presencia" en lugar de instruirse se embrotan; luego el teatro decae

Mariano Fernandez
"al público,

Si lo está, la poca seriedad en el juicio público, tendrá la culpa
Enrique Sanchez de Leon

ya no se nada de esto

Josefa Guerra de Mayquez

Dentro de doce años contestará

Julio Abartinas

No no tenemos la decadencia, pero tenemos cada día mas á los morenos

José Rubio

Cuando he ido empujando he creído que sí, y ahora no se que decir

Eduardo y Bergez

Si lo está, el menosprecio al arte patrio, y el realismo, tienen la culpa. Guerra Calderón

Un día decir, creo que no, en desquidido, de. Esteban Zamora

Yo siempre lo he encontrado lo mismo

Maribel Rodríguez

La culpa tiene un tí, que me escribe

J. Fariago

y mi tía que no trabaja
Carlota Zamalich

Porque que

este es el decaimiento
Guillermo Masius

No puedo contestar lo que se me ocurre

Eloisa Gorría de Romeo

No está decadente el teatro, que durante cincuenta años ha producido mas de cien obras dramáticas, y es con orgullo y mar del arte nacional. Michael Galea
Art. V. 1880

Para decadencia le que es confusión
José María

Decadencia con la gran vieja? con nombre
Lucia Pastor

Que está el arte en decadencia? No lo creo, porque de noche todos los gatos son pardos Anto Biquelme

Mira que estar en decadencia con el gran pensamiento de Julio Brin

Mientras haya Bryas...

América Soler Giffraza

El teatro es un arca cerrada, como dijo el otro Publio Valera

El que lo dice es un bestia, no está en decadencia, ni, con artistas como yo que tienen fama... Modestia

José María



Coro de señoras

Decayendo. Si señor. ¿No ha de andar la cosa buena cuando piso yo la escena que piso un caltañador?
Mamón de la Guerra

El Sr. de Pina opina que el arte está en su apogeo y que Nitouche es divina. ¿Ya lo creo! ya lo creo!
Sofia Romero de P. Rogaberti

En decadencia?... El que afirmarlo intente, no alcanzará perdón!
Miguel Soler

Desde que se me quemó la charmaguina. J. María

Yo me acuerdo como si él me hubiera dicho como si él me hubiera dicho

IDILIO PURO

Una pastora inocente
á un inocente pastor
le daba citas de amor
junto al pilón de la fuente
En una cerca inmediata,
junto al rollo de la aldea,
un arroyo serpentea
como una cinta de plata.
Va la pastora inocente
—que todo escándalo evita—

por justificar la cita
con su cántaro á la fuente...
Así, mirado de pronto,
el pecado no es de monta;
ella se hacía la tonta
y él abrazaba á lo tonto...
Dice un vate del lugar
que mientras esto pasaba
el arroyo murmuraba...
¡No había de murmurar!

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

LA REDENCIÓN DE BATICOLA

Bajo palabra de soldado os juro que si era verdad, como se decía en el regimiento, que la hoja de servicios del Teniente Baticola tenía muchas manchas, quedaron bien y energicamente lavadas en la ermita de Alcorzuela. Yo os diré el cómo. La noche de la sorpresa, cuando el regimiento se desparramó confusamente entre el desesperado toque de las cornetas que sonaban por las callejas de Alcorzuela, diez hombres echamos detrás del Teniente Baticola. Lo cierto es que él estaba jugando al monte con otros tales. En el tanteo presuroso de la huída por las quebradas, dimos con la ermita. El Teniente hizo abrir al santero y nos metimos allí como en una ratonera, repuestos del pánico y decididos á cualquier temeridad. Sobrevino la mañana, y con ella un sol que nos hizo ver á Alcorzuela dormida al pie del monte, y á los otros rodeando la ermita arma al brazo, apoyados en los troncos de los pinos, y resueltos á esperar. Los vio también Baticola, frunció el entrecejo y se volvió á nosotros.

—¿Quién quiere morir aquí?—dijo.

Todos callamos, pensando que el Teniente iba á proponer algo conforme con su mala fama; pero como viera que nadie decía nada, cogió el fusil del cabo Lumbrales, y añadió en tono seco y breve:

—Al primero que hable de salir, le abraso. Ojo ahí vosotros.

Se encaramó al tragaluz que abría sobre el portón de la ermita, azomó el fusil, é hizo fuego. Fuera respondió primero un juramento, luego un diluvio de balazos que resonaron con siniestro tamborileo sobre el portón. Subimos los diez como pudimos, y sostuvimos el fuego por el tragaluz; pero nadie como Baticola, que estaba nervioso, sobrecitado, loco, disparando y soltando con cada tiro un juramento que metía miedo. Los otros se cansaron de tener bajas inútiles, arrimaron sarmientos por fuera al portón, y pegaron fuego. Era una manera de abrirse camino. Cuando el Teniente se enteró, quedaban dos cartucheras llenas. Las cogió iracundo, nos mandó calar bayoneta y esperar á ambos lados del portón, y él se agachó detrás del pilón de agua bendita, que parecía un pozo. Cuando cayó el portón y apareció entre el humo el primer hombre, le hizo caer Baticola sobre los sarmientos encendidos, y de igual modo hasta seis. Los otros vacilaron un poco; pero al fin vieron desde fuera al Teniente en pie, frenético, y entraron como una avalancha. Me da frío recordar lo que hicieron con él...

Nos bajaron luego á Alcorzuela atados de dos en dos y á culatazos. Iba el cadáver de Baticola terciado sobre una borrieca, con el uniforme desgarrado y feroz expresión en el rostro, y el regatón de la espada arrastraba sobre las piedras de la vereda con un *chás-chás* tristísimo. Nosotros le mirábamos con melancólico respeto, y hasta los otros parecían mudos ante aquel muerto, que una hora antes había borrado las sombras de su pasado con el relampagueo de su última temeridad.

FEDERICO URRECHA.

EPIGRAMAS

De la misma manera
que á los limones,
tratar las hembras suelen
á los varones.
En su zumo agrídulce
los labios mojan,
los exprimen, los secan
y los arrojan.

Jugando en cierta ocasión
al monte, con mucho apuro,
poniendo en la mesa un duro,
—¡Soy caballo!—dijo Aurón.
Y otro punto, aún más perdido,
murmuró con ironía.
—Si es por ascenso, á fe mía
lo tiene usted merecido.

A UNA MUJER

De un edificio hermoso
la copia en sí contemplo;

el rostro es el escudo,
la balaustrada el pecho,

los ojos los balcones,
la boca el lindo huerto,
el pórtico la curva
que arranca desde el seno,
los pies las escaleras,
la espalda el salón regio,
los brazos llamadores,

y los cabellos negros
pizarras que defienden
el mármol del cimiento.
De tan soberbia casa,
sirviente más que dueño,
¡quién ocupara el bajo
las noches del invierno!

MANUEL DEL PALACIO.

PROBLEMA

Bella cual antes la contemplo ahora;
la misma juventud, la misma vida,
y la misma mirada tentadora
en los húmedos párpados dormida.

Más hermosa quizás; que nunca el raso
antes ceñía su gentil cintura,
ni ver dejaba en el airoso paso
tanta esbellez y femenil soltura.

Ni prendían brillantes la madeja
de sus áureos magníficos cabellos,
que ahora los ojos deslumbrados deja
la luz del sol, al reflejarse en ellos.

La morbidez da vida á sus contornos
y del seno á las líneas ondulantes,
que hoy dejan sorprender ricos adornos
gracias que ocultas palpitaban antes.

Si es más bella que ayer, ¿por qué un destello
hoy ofende en sus ojos, de arrogancia?
Si es más bella que ayer, ¿por qué ese sello
de rosa que ha perdido la fragancia?...

¡Oh, filósofos! Sabios inmortales,
símbolo y gloria del saber humano,
que bebéis de la ciencia en los raudales
y sondáis del vivir el hondo arcano.

Los que á través de inmenso telescopio
veis del orbe solar la periferia,
y en retorta, crisol ó microscopio
la evolución seguís de la materia,

Y vosotros también, los que el secreto
posetis de la línea y los colores:
yo á todos os consulto con respeto,
¡oh filósofos, sabios y pintores!

¿Cuál se distingue el vidrio del diamante
vuestra ciencia quizás ver ha podido
el cambio material que en un semblante
el sello marca del rubor perdido?

¿Qué hay de la virgen en la pura frente?
¿Qué hay en la tersa virginal mejilla?
¿Cuál es la luz como del sol fulgente
que entre el pudor de las pestañas brilla?

JOSÉ TORRES REINA

EN EL TRANVÍA

—¡Cobrador!... ¡Eh, cobrador!... —¿Va usted de compras?
—¡Señora! ¿Qué le sucede? —Si tal
—¿Que pare, que pare!... —¿Quién? A comprar unos manteles
y una mesilla de noche
y una cama y un tapete.
Porque yo no sé si usted
sabrà ya lo que sucede.
—Yo no sé... —Pues qué se casa
mi chica, si no se tuercen
las cosas, y siguen bien,
á mediados del que viene.
—¿Cómo! ¿se casa Rosita?
—Sí señora. —Pues es suerte,
Dele usted mi enhorabuena.
—¡Mil gracias!
—No las mereco.
¿Conque hay boda? ¡Picaronas!
¡Qué callado se lo tienen!...
—Mientras no fuera seguro...
¿Y con quién? —Con un Alférez,
un muchacho muy simpático
qué ha nacido en Albacete.

—¡Hombré! También la Joaquina, mi chita, tiene hace meses amores con un muchacho que es militar.

—¿Se comprende?

Lo que es un novio paisano hoy día no hay quien lo pesque. Son muy largos, muy corridos y están hechos unos peces...

—Eso le digo á mi niña.

—Los militares son siempre más finos y más galantes,

y además son más alegres.

—Es verdad, son más atentos,

—Mucho más, ¿qué duda tiene?

—Y sobre todo, señora,

es preciso convencerse

de que nunca están cesantes

y, aunque haya guerra ó belenés,

á las chicas gente armada

es lo que más les conviene.

.....

.....

—¿Conque Alférez? Pues también

el de mi niña es Alférez.

—¿Cómo se llama?

—Rodrigo.

—¿Y de apellido?

—Parades.

—¿Y tiene barba?

—Corrida.

—¿Y usa lentes?

—Usa lentes.

—¿Y la nariz?

—Aguileña.

—¿Y los ojos?

—Casi verdes.

—¿Y es delgado?

—Como un hilo.

—¿Y es alto?

—Como un triquete.

—Pues la chita se ha lustido.

Le conozco ya, ¿Indecente?

.....

(De pronto paró el tranvía,

se despidió Doña Irene,

y al marcharse hacia su casa

iba diciendo entre dientes:

—¡Militares y paisanos!...

Tochos son iguales siempre.

¡Pero cómo están los hombres

en el siglo diez y nueve!...

FIACRO YRÁVZOS.

CANTARES

La desdicha nos separa,
tú eres hoja y yo soy aire;
siempre te voy persiguiendo
y nunca logro alcanzarte.

Me pides que amor te juré,
y es en vano, vida mía;
no bien el amor se acaba,
el juramento se olvida.

ADOLFO LUANOS.

INCIPIENTES

Una mañana ví en un tejado dos pichones: uno de ellos con el cuello informe, las alas entreabiertas, reculando unas veces, y otras dando saltitos hacia adelante, saludaba á su congénere haciéndola reverencias encantadoras.

Ya tenemos aquí—me dije—al *bochornoso* verano que nos va á llenar la villa de trovadores insoportables.

Acerté... en parte.

La tarde de aquel mismo día fuíme á comer al «Restaurant del Retiro»; y apenas me había sentado, cuando observé que la mesa vecina estaba ocupada por dos enamorados, y los ví beber en el mismo vaso, comer con la misma cuchara, y hasta darse besos sin cuidar siquiera en limpiarse los labios.

Al día siguiente tuve necesidad de ir á Pinto, y ¡oh desdicha! me hallé con que dos recién casados subieron en mi mismo coche acurrucándose frente á mí, y comenzaron, primero á hacerse monadas, después á darse abrazos ni más ni menos que si estuviesen solos en el vagón, y por último colocaron una mano del uno sobre la de la otra, y rodeándose con el brazo los respectivos talles, continuaron acariciándose de tal manera, que para no seguir viendo aquellas escenas que alteraban mi sistema nervioso y me ponían fuera de mí, no tuve más remedio que abandonar mi asiento y asomarme á la ventanilla.

El tren se deslizaba por entre algunas casitas blancas parecidas á madrigueras de conejos, y que son una de las obligadas consecuencias del verano: porque el calor trae consigo la necesidad de una casa de campo, como también engendra la necesidad de caricias á criaturas como aquellas dos que en mi presencia se besuqueaban.

El artista, el industrial, el comerciante, ó cualquiera otro que á fuerza de trabajo ó de *suerte* llega á reunir un capital y se compra una casa de campo, no se acostumbra fácilmente á la realidad de que es el dueño de una casa con yerbas alrededor, y por eso hace visitar su propiedad, desde el panadero que lleva el pan á la finca, hasta á los transeúntes que se detienen en el portal de la casa con el único objeto de resguardarse del aire para poder encender el cigarrillo.

Los amigos tienen que recorrer toda la casa cada vez que van á verle: *vellis nullis* la visitan á perpetuidad.

He visto á propietarios de casuchas feísimas, blanqueadas con yeso, pretenciosas como el sombrero de una cursi, construídas por arquitecto incógnito, sér desconocido y plaga del buen gusto, puestos delante de su casa respectiva al pasar el tren, como para decir á los viajeros: ¡Mirad, esta es mi casa; esta que veís detrás de mí!

Y esa casa de pésima construcción, tiene por adorno un

jardín tan grande como un mocador, dos chopos enclenques y torcidos, un sauce que apenas proyecta sombra, unas cuantas plantas tóxicas, pocas flores y de escatísimo perfume.

El césped, aunque joven, parece desteñido por el sol.

En el centro del jardín (llamémosle así) se eleva una bola de metal blanco y bruñido, que refleja, haciéndolos más feos que natura, á los amos y á los visitantes.

Delante de esa bola de la consolación (para no pueda servir, seguramente más que para consolar á aquellas gentes demostrándolas que si las hace feos pudieran serlo mucho más), delante de esa bola, murmura un hilito de agua, y murmura á costa de muchísimos esfuerzos.

Mirad allá arriba, sobre el terrado, aquella cosa de zinc que parece una inmensa lata de sardinas en conserva; es el depósito del agua.

Todas las mañanas muy temprano el dueño de la finca desciende en mangas de camisa desde su habitación al jardín, y empieza dale que dale á la bomba.

Así consigue alimentar el depósito.

Alguna vez la esposa del dueño se despierta por el continuo y monótono ruido del agua que sube por un tubo adherido á la delgadísima pared en la cual se apoya su cama, y aparece en la ventana gritando: ¡Vamos, deja esa tarea, que vas á enfermar! Pero él la mira, no contesta, se sonríe, y sigue con más ahínco su movimiento de balanceo hasta perder el aliento ó hasta ver el depósito lleno, para darse después el gustazo de contemplar el imperceptible hilo de agua que desaparece del primer plato de la fuente y cae gota á gota sobre unas ranas y dos peces encarnados que se hallan en el receptáculo.

Generalmente los domingos se dilata más la satisfacción del propietario incipiente.

Él y su familia visten trajes de fiesta, en armonía con su posición.

La fuente funciona desde por la mañana.

Se espera á los invitados, que aparecen en tres grupos y á pequeños intervalos.

Conforme van llegando, van visitando hasta el último rincón de la finca.

Después almuerzan huevos comprados en el mismo Pinto ó en Getafe, pero pasados... por Madrid.

Las carnes, las legumbres... todo ha pasado por Madrid.

Comen, ó por lo menos están á la mesa indefinidamente.

Aunque hace mucho viento, las ventanas del comedor están abiertas de par en par.

El polvo entra de continuo y se posa en los platos.

Cuando pasa un tren, el propietario invita á sus comensales á que se asomen y á que, agitando las servilletas, saluden á los viajeros.

La locomotora corresponde á aquellas muestras de cariño, enviando una nube de humo que, á su paso, deja en la cara de aquellas gentes unas manchitas negras que se agrandan con el sudor.

El resto del día lo pasan lamentablemente.

Por los alrededores de la finca no hay paseos, ni árboles, ni siquiera una acequia para poder chapuzarse; y la necesitan, porque la casa es calurosa como un anafre encendido.

Los fuertes rayos del sol me mortificaban la vista, é hicieron que apartándola del campo la dirigiese al interior del vagón.

Los recién casados seguían cogidos por la cintura, y estaban asomados en la otra ventanilla mirando una casita de campo que tenía la forma de una jaula.

—Mira—decía ella,—esa casita me gusta mucho!

Y él repuso, abrazando con gran vehemencia á su compañera:

—¡Si estuviésemos ahora allí!...

MIGUEL CASAS.

EL PRIMER TENOR

—Buenas tardes, señorito.

—Hola, Eugénia, ¿qué cuentas?

—Nada.

—¿Conque aquel muchacho que iba ayer con Magdalena es su novio?

—Así parece.

—Pues me gusta su presencia.

—¿Y en qué se ocupa?

—Es tenor,

y buen sujeto.

—¿De veras?

—Sí señor; habla con mi hija

desde antes de Noche-Buena,

y allí, pa fines de otoño,

se casarán por la Iglesia.

Dicen que él es un tenor

que tie muchísima fuerza

en los pulmones, y espero

que sabrá cumplir con ella

cuando menos, como un hombre,

pa' es que estoy más contenta!...

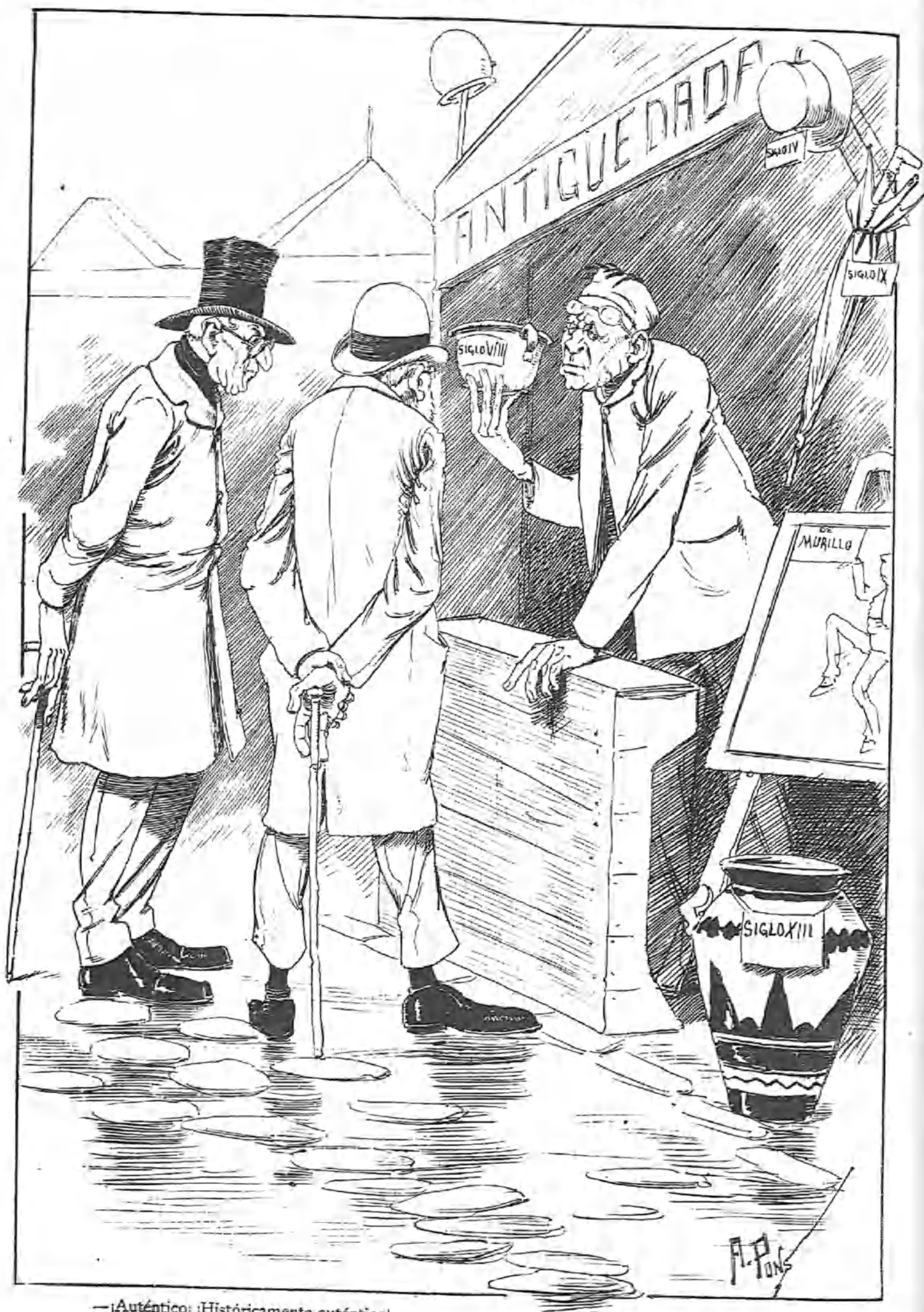
—Pero es verdad?

—Tan verdad

como yo soy ama seca.

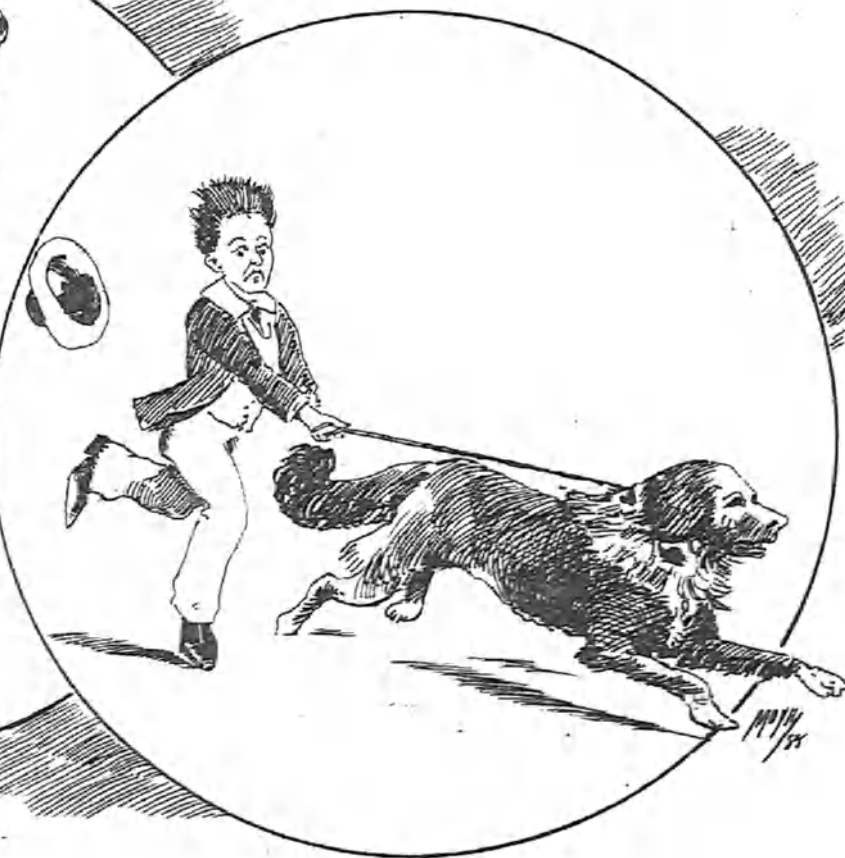
—Cuidado no se la peguen,

LOS ANTICUARIOS



—¡Auténtico; ¡Históricamente auténtico!

CÓMO EMPIEZA Y CÓMO ACABA



que hay que vivir muy alerta, y no se encuentran los yernos tenores así, á la vuelta de la esquina.

—Señorito, le juro á usted que yo mesma le vide la mar de veces trabajar en las comedias que se cantan, y mi vista no se engaña con frecuencia. Le llaman Blas López, y es de Calasparra, y le lleva á usted cuatro ó cinco dedos, y no sé cómo se afeita, que un día está to pelao y otro tié barba completa, y al otro vuelve á estar mocho, y al otro, sin darse cuenta, le salen unos bigotes lo mismo que cebolletas.

—Serán postizos, mujer.
—Los bigotes, bien pudieran; pero el estar to pelao no es postizo.

—No seas bestia.
—En fin, un hombre cabal.
—¿Pero es tenor de zarzuela?

—No señor, de Calasparra; ya lo he dicho.

—¿Te chancas?

—No tal. Y es primer tenor.

—Lo que es eso, no me cuela.
—¿Canta en el Real?

—No le gusta cantar música de Iglesia.

—¿Entonces, qué diablos canta?

—Lo que usted ha dicho: zarzuelas.

—¡Ah, vamos; forma en alguna compañía de la legua, y andará de pueblo en pueblo!

—No señor, no canta fuera. Está ahora en el teatro del *Fuencillerano*.

—¿De veras?

—De primer tenor.

—Pues bien, ó él ó la chica se quedan

contigo, porque, si acaso, será partiquino, ea.

—Señor, no ponga usted motes al novio de Madalena.

¿Se le llama partiquino impugnemente á cualquiera?

Sepa usted que es mu honrado y tié limpia la conciencia.

—Bien, mujer, no te alborotes y sea lo que tú quieras.

—Lo que yo sé es que ese oficio debe de ser cosa buena.

Dicen que hay un tal Gayarre que canta coplas mu serias, y gana un millón diario, que, según creo, es mu cerca de mil reales tos los meses.

¡Conque ya ve usted si es breva haber dao con un primer tenor pa mi Madalena!

—Pues que Dios se le conserve.

—Señorito, Dios lo quiera.

.....
Llegó la noche, y aun cuando llovía con mucha fuerza, lleno de curiosidad me dirigí á la Zarzuela, y le pregunté á un comparsa que estaba junto á la puerta del escenario, chupando la punta de una correa:

—Diga usted, amigo mío, y perdone la molestia.

¿Trabaja el tenor Blas López en *El reloj de Lucerna*?

—Si señor.

—Bueno; mil gracias. Tomé asiento en mi luneta, y vi que efectivamente no era mentira que fuera primer tenor el futuro de la hija del ama seca, pues me fijé en los tenores que salieron á la escena, y López era el *primero*...

comenzando por la izquierda.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

UN NIÑO Y UN HOMBRE

I

Una copa de azófar con rejilla;
una mesa de roble, de vez que
vastísimo sillón,
Cuatro sillas de anea con boliches;
un San Juan en la urna; cornucopias,
estampas y un reloj.

Una hermosa, un flamenco, un franciscano,
Currutaco de veinte primaveras,
y fámula de edad.
Un abate que puede cantar misa,
un escudero que nació en la casa...
¡Qué visitón!,... mirad.

Un pocillo de espeso chocolate
con dos bollos, el fraile se coloca
con ansia y sin placer.
Mirante todos... la muchacha cose;
se chupa un dedo el talludito niño,
y duérmese después.

Dan las ocho. El francisco se esperanzó,
se despide, la joven va alumbrándole;
y el flamenco señor
al abate, su hijo, se dirige...

—Acompaña á tu prima.

—Me da miedo...
pasar el callejón.

II

Chimenes de mármol y de bronce;
secretér de caoba... por do quiera
primores de marfil,
otomanas, butacas, mecedoras,
candelabros, estatuas, raso y oro,
vense en revuelta lid.

Una dama, un banquero, dos ingleses
que el idioma de Lope y de Cervantes
trituran sin piedad.

Una *donna* del regio coliseo
un teniente que aspira á tener bozo,
café tomando están.

El banquero á un inglés habla de *cuatros*;
con el otro la *diva* anuncia,
y el militar novel
con su brazo rodea el lindo mueble
donde la tiple, recostada, alienta
con líbrico placer.

Dan las cuatro... Un lacayo se presenta;
el carruaje de la *diva* anuncia;
ésta se pone el chal.

El teniente, acercándose al banquero
con soltura... —Papá, dame un tabaco...
¡La voy á acompañar!...

JOSÉ SORIANO DE CASTRO.

ENTRE ELLAS

—¿Reñiste con Juan? —No era feo.
—¿Qué afán! —¡Y simpático! —Lo creo.
Sí reñí. —Por eso os dan Lo era todo, menos rico.
el dictado de coquetas. —¡Sano, robusto, formal,
—Pero mujer, ¡si es que Juan con su cara siempre seria;
no tenía dos pesetas! alto, grueso, escultural...
—¡Tan modesto, tan buen chico... —¡Si, mujer, sí; la miseria
con una gracia y un pico... de tamaño natural!!
y hasta guapo!

E. NAVARRO GONZALVO.

PIPI

Tenía los ojos negros y redondos como dos cuentas de azabache; la cabeza pequeña con un moñito de color anaranjado; las alas casi blancas, como la cola, y el cuerpo de un amarillo pálido, sobre el que destacaban en la abuitada pechuga unas cuantas plumillas negras.

Era feliz; todo lo feliz que puede ser un pájaro prisionero. En su jaula dorada no faltaban nunca los dulces cañamones y el sabroso alpiste, hojas de rizada escarola ó de lechuga fresca, y algún terroncillo de azúcar.

La dueña de Pipí era una linda joven de quince años, rubia como los trigos, y con los ojos azules como turquesas.

Cuando se acercaba á la jaula del pajarito, llamándole Pipí, éste aleteaba, esponjando el dorado plumaje, y la saludaba con sus gorgeos más sonoros.

Si ella hubiese comprendido el idioma musical de las aves, habría dado gracias al canario, que la decía siempre:—Amita mfa, te quiero, te quiero, te quiero.

Ella, aun sin entenderle, pagaba sus píos amorosos con caricias y halagos, y por entre los alambres de la prisión introducía un dedito sonrosado, que el pájaro picoteaba dulcemente.

La habitación de cuyo techo artesonado pendía la jaula de Pipí, era un precioso camarín con ancho mirador, por donde entraban, con la luz del día, los aromas de jardín vecino.

El prisionero, al ver cómo cruzaban por el aire los pájaros libres, no los envidiaba. Con el cariño de su dueña tenía él bastante para ser dichoso.

Pero un día, cuando le despertó el resplandor alegre de la aurora, Pipí, que gorgeaba saludando al sol, quedó mudo de terror y de sorpresa. Frente á la jaula, pendiente del mismo techo, había una exactamente igual á la suya, y entre los alambres dorados otro canario que le miraba de hito en hito.

Su sorpresa cambió en asombro al ver que el nuevo huésped del canario se acercaba á los alambres para contemplarle con tanta fijeza como él le miraba, y al observar que imitaba sus movimientos, saltando de las cañas al bebedero y desde éste al piso de la jaula.

Trinó el desventurado Pipí con dolorosa angustia, y el otro pajarillo trinó al mismo tiempo, confundiendo los dos cantos en uno solo.

—Mi amada no me quiere—gorgeaba Pipí mirando con tristeza al intruso;—por lo que veo le cuida tanto como á mí. Tan linda es su jaula como la mía, y, como en ésta, puso ella, para recreo de mi rival, cañamones partidos y alpiste menudo y terrones de azúcar. Acaso le dé también para que lo picotee su dedito de color de rosa. Yo no puedo ver eso, no puedo.

Y así gorgeando, gorgeando tristemente, recogió las alas, dejó caer la cabecita, y cayó muerto.

Cuando su dueña entró como todos los días llamándole *Pipí*,

lloró mucho viéndole inerte y frío en el fondo de la jaula, pero no supo nunca la causa de su muerte.

Un espejo colocado en el camarín mientras *Pips* dormía, le hizo creer, reproduciendo fielmente su imagen, en la existencia de otro pajarito tan dichoso como él.

Le mató la envidia, que fingió la felicidad donde no existe.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

22 Febrero 1888.

RECUERDOS

Hay una estrecha senda que se pierde
junto al molino, en matorral salvaje;
los olmos le dan sombra, y su follaje
arde en reflejos de esmeralda verde.

¿Quieres que con dolor te lo recuerde,
hoy que tu voz no anima aquel paisaje,
ni extraña al ruiseñor que tu lenguaje
con su trinidad música concuerde?

El alma siente al recordarlo frío;
mas ese campo agreste y olvidado
fué nuestro dulce Edén, tu Edén y el mío;
y no nos lanzó de él nuestro pecado,
á igual de Adán, sino el inmenso hastío
de aquel amor que se sintió agotado.

JOSÉ M. MATHEU.

RETÓRICA

Pollita que coquetea
y que, ni guapa ni fea,
no esquiva de amor un lance,
Romance.

Niña que huyendo la palma
se ve que le brinca el alma
y á miradas acribilla,
Seguidilla.

Deidad á quien nada inquieta,
dejando siempre en la duda
de si huye ó se parapeta,
Cuarteta.

Joven graciosa y sin ripio
que del final al principio
la ves honesta y sencilla,
Redondilla.

Jamona ardiente cual lava,
que expresa sus sentimientos
con frase enérgica y brava,
Octava.

Solterona pegajosa
que en voz tarda y ampulosa
nos da á conocer su objeto,
Soneto.

Viuda con hijo crecido,
que nombrando á su marido
da rienda suelta... al escote,
Soneto con estrambote.

Huérfana triste que llora
porque sin padres se mira,
y al ver á un hombre suspira
y su abandono deplora,
Dolora.

Sesentona que, postema,
nos cuenta su amor de un día,
acaramelada yema,
Poema.

Eva, la cual á Dios plugo
unirnos en santo yugo
bajo el dictado de esposa,
Prosa.

Nota: la ciencia explicada
puede aplicarse á ambos sexos.
Hay acrósticos de Estrada
cóncavos y viconvexos.

CALIXTO NAVARRO.

ÓPTICA

Ya rota del barro inmundo
la terrenal envoltura,
surcaban la azul altura
dos almas, lejos del mundo.

De su lumbré enamoradas,
alzaron ambas el vuelo
á un astro que fué en el suelo
encanto de sus miradas.

¡Desengaño pavoroso!
Con triste asombro y con frío,
sólo hallaron... ¡el vacío
en lugar del astro hermoso!

Y dando á su desconsuelo
resabios de humana ira,
ambos dijeron:—¡Mentira
en la tierra y en el cielo!

Rasgando la azul esfera
entre las dos, de improviso,

un ángel del Paraíso
replicó de esta manera:
—Vuestra ignorancia ahuyentad,
pues ella en lo humano estriba;
—subid, subid más arriba
en busca de la verdad.

—¡Efectos de óptica extraños!
Mas decid, la lumbré aquella...

—Visteis brillar una estrella
extinguida hace mil años.—

Y otra alma, que en el preciso
momento el éter cruzaba,
dijo en tanto se alejaba
el ángel del Paraíso:

—Virtud que entre farsa y daños
he visto brillar tan bella,
¿serás también una estrella
extinguida hace mil años?

JUAN TOMÁS SALVANY.

RETAZOS

La envidia es como la llama, que ilumina lo que destruye.

Agradecer la lisonja, es transigir con la bajeza.

La razón y la violencia son hermanas reñidas, que, de cuando en cuando, se reconcilian para realizar juntas grandes cosas.

No hay acción más hermosa que el dar limosna á quien la pide fuera de su patria.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

EPIGRAMAS

Sobre ideas religiosas
en un café disputaban,
y dijo un fatuo muy serio;
—Yo soy ateo, á Dios gracias.

A Leonor encantadora
pretendes que dé al olvido,

porque dices que has sabido
que es una gran pecadora.

¿Por eso la he de olvidar?
Fuera imperdonable error.

¡Pues si yo quiero á Leonor
justamente por pecar!

LIBORIO FORSET.

DIÁLOGOS DE CARNAVAL

—Con careta y una bota
bien llena de peleón,
va uno al Prado y alborota.
—Y duerme en la prevención.

—¡Ay, chica, estoy muy cansada!
—Yo también me siento mal.

—¡Qué vida tan agitada
la vida del carnaval!

—Tanto baile, tanta broma
y tantísimo jaleo,

¿cómo acabarán, Jeroma?

—En Noviembre, con bateo.

FEDERICO JAQUES.

LA VOCACIÓN

—¿Qué tiene esa criatura?
—Que siempre, aunque ya no mama,
quiere dormir con el ama.
—¡La vocación! Será cura.

JUAN VALLEJO.

EPITAFIO

Leyendo este hombre sencillo
pasó su existencia toda,
y falleció de una oda
de Cánovas del Castillo.

JOSÉ DE LA SERNA.

¡VALIENTE ABOLENGO!

Lleva la humanidad perfeccionándose millares de siglos; los progresos de la ciencia, difundiendo el bienestar y aminorando el dolor físico, permiten hoy al hombre cultivar su inteligencia, establecer sobre sólidas bases el derecho, depurar la idea de justicia, y, por lo tanto, ascender en moralidad.

Y á pesar de esto, cuanto se reúnen veinte ó treinta y construyen diez casas, lo primero que hacen es nombrar un alguacil, dos polizontes, un Alcalde, un Juez, etc., etc., con el objeto de que prendan, juzguen y encarcelen á los prójimos que suponen han de intentar robarlos y asesinarlos, sin creerse bien defendidos por el eficaz freno religioso, ni por las fuertes cerraduras, pesados cerrojos y anchas barras que cierran las puertas de sus casas, ni por los vigilantes perros que guardan sus corrales.

Y se me ocurre una reflexión en vista de esto:

¿Cómo sería el primer hombre que salió de manos de Aquél que lo hizo á su imagen y semejanza?

JOSÉ NAKENS.

CHARADA

Mi primera y segunda es un defecto
que tiene todo Diputado electo.
Mi segunda y primera es una falta
que tiene la mujer cuando es muy alta.

FILOSOFÍAS



—Alarcón ha comparado la vida á un cigarro. De modo que la Compañía tabacalera, es un suponer, viene á ser nuestra segunda Providencia... ¡Por cierto que *entrambas á dos* me están fastidiando de firme!

MENDIGOS DE AMOR



—¡Por Dios, Luisa! Una palabra de consuelo, una esperanza... ¡Cualquier cosa!

—Perdone V., amigo; pero he dado tantas limosnas esta noche!

Y el todo lo hallaréis, si lo buscáis,
en los famosos vinos de Avanzays.

La solución tendréis
en mi casa, San Juan, cincuenta y seis.
Id á mi casa. Os aguarda un muchacho.
Si no estoy, me aguardáis en mi despacho.
Me avisan al momento.
Salgo del Ministerio de Fomento.
Llego volando. Os digo la charada.
Si os gusta me dáis algo; y si no, nada.

RICARDO DE LA VEGA.

EL NATURALISMO

Si las conquistas de la ciencia determinan el progreso; si el progreso y la civilización se traducen en mejoramiento constante de la familia humana, toda obra de arte que no esté inspirada en la tendencia constante, en el anhelante deseo que el hombre siente por mejorar su actual condición, no debe ser considerada como parte integrante de la escuela naturalista.

Por eso, en buena lógica, no pueden ni deben ser reconocidos por naturalistas aquellos novelistas que, pretextando poner de manifiesto las llagas sociales, con objeto de buscar el remedio que las cauterice, se deleitan en remover el fango, en sacar á la superficie lo más repugnante y asqueroso de los vicios sociales, por más que en algunas ocasiones esto venga vestido y adornado con esplendorosas galas, los que esto hacen no pueden ser considerados como escritores naturalistas.

El escritor naturalista, está obligado, como lo están todos los hombres en su respectiva esfera de acción, á contribuir con sus obras al ideal de la humanidad, y como de este ideal forma parte integrante el progreso de los idiomas, deben emplear lenguaje culto y procurar hacer agradables todos cuantos asuntos describan.

BLAS COBRERO.

LAS BUENAS FORMAS

¡Oh, mi señor don Tadeo!
me asombran esos renglones
porque en ellos, según creo,
me da usted explicaciones.

y ni yo las necesito,
ni aquello vale la pena,
porque no me importa un pito
lo irrisorio de la escena.

Usted tuvo la atención
que yo le agradezco á usted,
de enviarme invitación,
y ¡claro! fui á la soirée.

No podía yo pensar
que después, al verme allí,
todos se iban á burlar
de tal manera de mí.

Pero tenían razón,
y comprendo la broma,
puesto que la reunión
era de frac á levita.

y yo que poco de necio
en cuestiones de etiqueta,
me gané todo el desprecio
que merece mi chaqueta.

Hubo pullas, alusiones,
frases de doble sentido...
¡lo que en estas ocasiones
le dan á un desconocido!

En fin, usted ya lo sabe,
fué creciendo la jarana
y si el delirio era grave
la zumba fué soberana.

Hoy usted, como buen amo
de casa, me escribe atento
y ofrece galante el ramo
de oliva al resentimiento;

pero eso que usted pretende
es cortesia excusada,
porque á mí nadie me ofende
ni con eso, ni con nada.

Porque todos los agravios
que hace el mundo, siempre son
procedentes de los labios
y nunca del corazón.

¿Cómo puedo yo creer
que gente bien educada

fuera á hacerse padecer
por semejante bobada?

Lo que se ha dado en llamar
buenas formas, es tal vez
deseo de empalagar
rayano en la estupidez.

No hay quien de ellas no reniegue
porque aborrece la norma,
y no pide á Dios que llegue
en seguida la reforma.

A mi esa farsa brillante
ni me importa ni la quiero,
puesto que hoy es elegante
lo que ayer era grosero.

Que el guante, que la pechera,
que la corbata, que el lente,
en fin, ¡hasta la manera
de saludar á la gente!

¡Qué variaciones! ¡Cuidado
que es tanta empalagosa!
El hombre bien educado
se conoce en otras cosas.

En no saltar á la escena
la egoísta vanidad,
y en posponer á la ajena
la propia comodidad.

En eso, ni más ni menos,
consiste la cortesia.
Porque ¿qué ganan los buenos
con tanta palabrería?

Yo he visto mil caballeros
elegantes, relamidos,
galanes, cumplimenteros
y planchados... y burlados,

que pasan la vida hablando
de los sociales deberes,
suben al tranvía dando
codazos á las mujeres,

traían mal á los mendigos,
y gustan á todas horas
el pellejo á los amigos
y el honor á las señoras.

Yo, que me atardo en seguida
ante un extraño cualquiera,
y no he sabido en mi vida
saludar á la portera,

no inyecto á los demás
por ausarme mi pufar,
y no he falsado jamás
ni respeto á la mujer;
y sin dejarme en el calle,
guápa á los señ, dámas á las,
la doy la obra en la calle
y el asiento en el tranvía.

En fin, el desahucio
de fórmulas engorrosas,
allá, pero el que le guste;
yo no entiendo de esas cosas.
¡Que soy muy raro! Lo creo,
pero en punto á cortesia
créame usted, don Tadeo,
la verdadera es la mía.

SERENATO DELGADO.

B. V. G. J.

Á MANUEL MATOSES

¡Bravo, bravísimo, querido Matoses por su artículo H. H. H.,
y mil gracias por abérmelo dedicado!

Estoy completamente de acuerdo con V.; las chispeantes cuanto
atinadas observaciones que ace V. sobre la inuilidad de esa
letra antipática y empalagosa, son un proceso en regla.

Puesta en capilla por V., yo la doy garrote en este artículo.

«No vale un cuarto» ó «no vale un pito», decimos en España
para demostrar la inuilidad de algo. *Non vale un acca* (no vale
una H), dicen los italianos cuando quieren quitar á alguna cosa
todo su valor.

Ellos que son más latinos que nosotros, suprimen la H porque
no la aspiran y se pierde, por lo tanto, para la pronunciación.
Solo la conservan, por el buen parecer, en las tres personas del
singular del presente de indicativo del verbo *aver*, (aber-tener.)
Imitemos á los italianos, y ¡adelante! Las razones que V. da para
que desaparezca de nuestra lengua, no tienen vuelta de oja. Lo
que ay que acer es predicar con el ejemplo.

Los académicos, en vez de limpiar, fijar y dar esplendor al
idioma, ensucian, mueyen y oscurecen el abla nacional. Adelanta-
remos nosotros ya que ellos retroceden, y que nos sigan los es-
critores progresistas, que nos ayuden los literatos que viven,
como nosotros, en el año 1888 y no en el año 30.

Todo lo que sea ahorrar tiempo á la pluma, constituye ventaja
para los que escribimos. Eso se ace en todas partes, y eso debemo-
s también acer nosotros. ¿Conoce V. la última reforma orto-
gráfica de los franceses? Pues consiste sencillamente en suprimir
en el plural la *r* de todos los sustantivos y adjetivos que terminan
en *nt*. Ejemplos: *enfant* se escribe ahora en plural *enfants*, *élement*,
se escribe *éléments*, *puissant*, *puissants*; *indifférent*, *indifférens*; y
así sucesivamente.

Compare V. eso con nuestra obscuridad, con nuestra suscrip-
ción, con nuestro Septiembre y con nuestra harmonía, y verá usted
la diferencia que ay entre los que van para adelante y los
que andan acia atrás.

Yo pregunto lo siguiente: si emos de escribir suscripción y
suscriptor, ¿por qué no escribimos también *escriptor* y *escripto*?
Si el supino latino dice *suscriptum*, también dice *scriptum* el
del verbo escribir. De lo cual se deduce que no á la lógica de la
Academia, si no al capricho de los señores académicos, tenemos
que amoldarnos los que nos dedicamos á la literatura.

Esto, prescindiendo del último famoso Diccionario que a pu-
blicado la docta Corporación. Ya abrá V. leído los vapuleos de
Escalada. Pues bien; aseguro á V., sin jactancia alguna, que si
me propusiera poner en evidencia los errores de todo linaje que
los académicos an cometido contra la música en ese Diccionario,
tendría V. que taparse los ojos y cerrar los oídos, porque no ay
idea de atentados semejantes.

Dejemos, pues, á los sabios retroceder, y vamos á ver si avan-
zamos los ignorantes. V. a dado en tierra con la H: permítame
usted que le presente otra letra malhadada, infame y libidinosa
que da margen á grandes confusiones y debe también desterrar-
se por empalagosa é inútil: la V.

Cierre V. los ojos y oiga lo que le voy á leer:

«¡Baya, baya! ¿Conque un vurro con aivarda se puso á vever el
otro día en la fuente de Civeles? ¿Qué varvaridad! Baliente vroma
para los bacinos del varriolo!»

Ahora abra V. los ojos y dígame si se a enterado de la noticia
á pesar de la ensalada de bb y de vv que ay en ella.

¿Pronunciamos la V? No señor; somos, si no me engaño, los
únicos en Europa que tenemos el mismo sonido para la B que
para la V. Y la prueba de que no pronunciamos esta letra, es
que, para designarla, la ainos bautizado con el amoroso nombre
de *v de corazón*, como si la otra *v* fuera una letra sin entrañas,
una fiera alfabética, una pecaminosa vocal.

¿No le parece á V., por lo tanto, que deberíamos prescindir
de la V y conservarla tan sólo como consonante comodísima pa-
ra las abreviaturas de *usted* y demás jerarquías sociales? ¿Nos
sirve de mucho en estos casos? Pues sea la bienvenida. ¿Nos es-
torba en los demás? Pues fuera con ella.

En idéntico caso que la B y la V se allan la J y la G. Pregunte a cien personas cómo se escribe la palabra *mujer*, si con *g* ó con *j*, y verá V. la que se arma.

Si en todos los sonidos fuertes se emplease la J, sin excepción, aríamos una magnífica carambola: desaparecerían todas las dudas de ortografía, y moriría la *w* que acompaña á la *g* en los sonidos suaves *gue* y *gui*.

¿A qué escribir *guerra*, si la *w* no se pronuncia? ¿A qué escribir *guía*, si no se pronuncia la *w*? Escribamos *gerra* y *gía*, que si el sonido fuera fuerte no ay duda de que escribiríamos *jia* y *terra*.

Lo mismo sucede con la letra *q*, cuando precede á los diptongos *ue* y *ui*. Si pronunciamos *quemar*, *que*, *quien*, y *quimera*, ¿a qué viene escribir *quemar*, *que*, *quimera* y *quien*?

Nadie tan lógico en esto como nosotros, los bascongados. Nosotros escribimos *gizona* (ombre), y *gesurra* (mentira), y pronunciamos *guisona* y *guesurra*; emos casi suprimido la S, sustituyéndola con la Z, y dado entrada á la K en vez de la C, en la inmensa mayoría de los casos y de la *q* que emos suprimido por completo.

No ay para qué decir que, en el bascuence, la V ha quedado muerta y enterrada, y que la H sólo subsiste como letra muda, precedida de la S, cuando se trata de pronunciar esta letra con la suavidad de la *ch* francesa y á la manera de los italianos cuando escriben las consonantes *sc* seguidas de las vocales *ia* ó *i*, como *sciagurato* (desdichado), *sciabola* (sable), *scimia* (mona), *scintilla* (centella), etc. Ejemplos bascongados: *gaishoa* (pobrecito-ta), *ishillik* (en silencio), etc., etc. ¡Me valga Dios, qué erudición!

Observe V. también que, en castellano, la *m* se convierte en *n* para la pronunciación, cuando va precedida de vocal y seguida de consonante. Todos pronunciamos *anparo*, *enpesar*, *importante*, *obligo*, *umbilical*, etc. ¿Por qué, entonces, escribir esas palabras con *m*?

Algo más diría á V. sobre el particular para demostrar que una reforma ortográfica se impone de día en día y ace falta llevarla á cabo sin dilación. No digo que se realice de una vez y la agamos nosotros *ex auctoritate propria*, pero me parece cuestión importantísima y para ser tratada con premuroso interés.

V. y yo, amigo Matóses, emos dicho lo que, por ora, se nos ocurre. ¿Le parece á V. que pase el asunto á más señores?

Queda abierta discusión en MADRID CÓMICO. ¿Quién pide la palabra?

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

YO, EN LOS TOROS

«Siempre que voy á los toros, oigo cosas que no entiendo, porque cuando son muy malas, me dicen que son muy buenas.» (Canción popular.)

—¿No ha venido usted á los toros?
—Ni una vez, señor don Pablo.
—¿Pues va usted á divertirse!
—Al menos ese es mi ánimo.
Pero permóneme usted si le molesto ó le canso, haciéndole mil preguntas propias del que en este ramo nunca entendió una palabra, á pesar de desearlo.
—Tendré mucho gusto en ser *Cicerone taurumáquico*.
—Diga usted, ¿en qué consiste que apenas da el toro un paso se vuelve al sitio en que está medio muerto aquel caballo, y con furor le cornea desde la cabeza al rabo, sacando al aire unas cosas que peor es menearlo?
—A cualquiera se le ocurre: que el toro se ha encariñado con el animal.
—¿Demonio!
¿Si llega á serle antipático...
—No crea usted, que el vocito me pareció al pronto un manso; pero veo que se *crasa*.
—Pues yo le veo tan bajo como al salir del chiquero. Será mi vista, don Pablo.
—(Mirando.) Corre, Zoca, que te va á pasar un milagro... ¡garra... ¡ay... á mí! Ese, ha salido por pío.

—¿Es que se le han olvidado?
—Mire usted esa verónica.
—¡Olé por los chicos guapos!
—¡Verónica!
—Ya lo creo.
—¿Y por qué?
—Pues está claro; porque el diestro se coloca con la capa entre ambas manos lo mismo que la Verónica al subir Cristo al Calvario.
—¿Qué blasfemia! De manera que hace el toro, en este caso, el papel de... ¡Jesucristo, y este es un pueblo cristiano!
—¡Muchos píos tiene este bicho.
—No le veo más que cuatro; pero, en fin, usted lo dice...
—Ya me está usted marcando, y nadie tiene la culpa si no entiende el castellano... ¡Ese toro está pidiendo más banderillas!
—Es falso.
—¿Cómo quiere usted que pida lo que le hace tanto daño?
—Va usted á ver matar al *Curro*... ¡Bendito sea tu garbón...
Acércate más... no puede arrancarse, y no es extraño; el toro no hace por él.
—¿Y qué es eso?
—Que es marrajo y no se deja matar.

—¡Hombre, yo haría otro tanto! (Gritando.)—¡Curro! ¡Salvale una cuando esté más descuidado! [media]
—Conque no puede matarle después de treinta pinchazos, y tirándole una media cree usted que ha de lograrlo. (Por Dios) Si no estoy demente, ustedes están chillados, porque dicen unas cosas que no las entiende el diablo. La función será española, pero, amigo, los vocablos tienen en esta materia, un sentido tan contrario á nuestro idioma, que yo en ayunas me he quedado, y voy á salir por pío de la plaza. ¡Adiós, don Pablo!... Entraré en la enfermería

para ver si es de cuidado la herida del picador, que me ha sido muy simpático. V en efecto, allí me diernan, para enterarme del caso, el parte facultativo de este modo redactado: «Agujetas ha sufrido al lidiarse el toro muerto, una fractura del codo izquierdo: tres yaretazos en el cuello del humero; contusión de tercer grado en la cresta ilíaca, y dos heridas en la mano que interesan los tejidos adiposos... [Enterados] ¡Bonita tarde la mía; se la doy al más pintado!

TOMÁS LUCAÑO.

LAS ABREVIATURAS Y... LO OTRO

—¿Por qué escribe el señor cura *Pro*, cuando firma, Ginés?
—Pues es muy sencillo, *Pura*:
Pro, de presbítero es admitida abreviatura.
Para tan bien lo aprendió, que al hallar el otro día una carta que escribió

Ginés, en la que decía:
«Mi *Pura* es mujer de *pro*.»
Con el rostro compungido y temblorosa, temiendo ver entrar á su marido, exclamó:—Ya lo ha sabido...
¡Si esto lo estaba yo viendo!

FELIPE PÉREZ GONZÁLEZ.

UN LAPSUS

—¿Por aquí está, Celestino?
—¿Cómo está usted, don Clemente?
—Bien, ¿y usted?
—Perfectamente.
—Tome usted asiento, vecino.
—Muchas gracias.
—Y ¿qué tal, vende mucho esa farmacia?
—Demasiado por desgracia.
—¡Hombre, eso no viene mal!
—Yo los excesos no quiero, ni me halaga el alboroto, por la mucha prisa he roto ahora, el mazo de un mortero, y por ver á usted y á Luisa abandonando, aquí vengo, siete recetas que tengo que me corren mucha prisa.
¿Y Luisita?
—Me parece que está cosiendo...
—Es preciosa, simpática y hacendosa, Y...
—Usted la favorece.
—No, no, soy justo; es muy bella, una perla, señor Ruiz.
Esa niña hará feliz al que se case con ella.

Lo digo de corazón.
—No habré de contradecirle.
—Pues yo venía á pedirle la mano de...
—¡Ah! picarón, Yo no sospechaba en vano. Mire usted tanto elogiar en qué ha venido á parar, ¿Conque á pedirme la mano?
—Pero...
—No, no crea usted que á mí me disgusta eso, porque aunque usted no es un Creso...
—No...
—Mi Luisa, ya se ve, es la hija de un funcionario, que funcionando la ha hecho un mal dote, y satisfecho, puede darla á un boticario.
—Pero...
—Nada, no desprecio ni miro sin interés su decisión, usted es un muchacho á quien yo aprecio, Explíquese de una vez que yo con gusto he de oírle.
—Pues bien, ¿venía á pedirle la mano de... el almirez.

CAVETANO TRINISÓ.



SEÑORES:

La Junta Directiva del Círculo Artístico-literario nos ruega hagamos constar su profundo agradecimiento á cuantos han honrado con su firma el presente número.

Y nosotros, cumpliendo el encargo religiosamente, damos, desde esta oscura rincón, las más expresivas gracias á los escritores, difusantes y actores, que, con excesiva amabilidad y diligencia, nos han permitido ofrecer al público esta variada muestra de sus ingenios, dignándose figurar en nuestras modestas columnas.

¡Vivan 77. mil años!

MONÓLOGO CRÍTICO



—¡Anda, salero! Ahora se escribe herencia con h. ¡Siempre están cambiando la ortografía!

ANUNCIOS

Lit. Espíritu-Santo, 18. Madrid

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPAÑÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

en la Exposición Universal de París de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un album elegante que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el album, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar. 20 pesetas

Encuadernado en tela. 25

Cartulinas sueltas (cada una). 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librereros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.